

VIAJE POR LA RIOJA ALAVESA

Juan José Cuadros Pérez



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE TRANSPORTES, MOVILIDAD
Y AGENDA URBANA

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL



**VIAJE POR
LA RIOJA ALAVESA**
Juan José Cuadros Pérez

1ª Edición digital

VIAJE POR LA RIOJA ALAVESA

Editado en noviembre de 2021

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es>

Autor

© Juan José Cuadros Pérez 2021

Publica

© de esta edición, O. A. Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG), 2021

Dirección General del Instituto Geográfico Nacional (IGN)

Prólogo

© Eduardo Martínez de Pisón 2021

Fotografía de portada

Descripción: Laguardia, vista aérea

Autor: Mikel Arrazola

Fuente: CC BY-3.0-ES 2012/EJ-GV/Irekia—Gobierno Vasco/Mikel Arrazola

Cartografía

Detalle del Mapa Provincial de Álava, escala 1:200.000 (IGN)

Diseño y maquetación

Fco. Pérez Toledo.

Servicio de Edición y Trazado (IGN)

Subdirección General de Cartografía y Observación del Territorio

NIPO digital: 798-21-038-7

DOI: 10.7419/162.13.2021

Los derechos de la edición son del O. A. Centro Nacional de Información Geográfica como editorial. Este Organismo agradece que la difusión electrónica masiva de la edición digital se realice a través de un enlace al apartado correspondiente de la página web oficial.



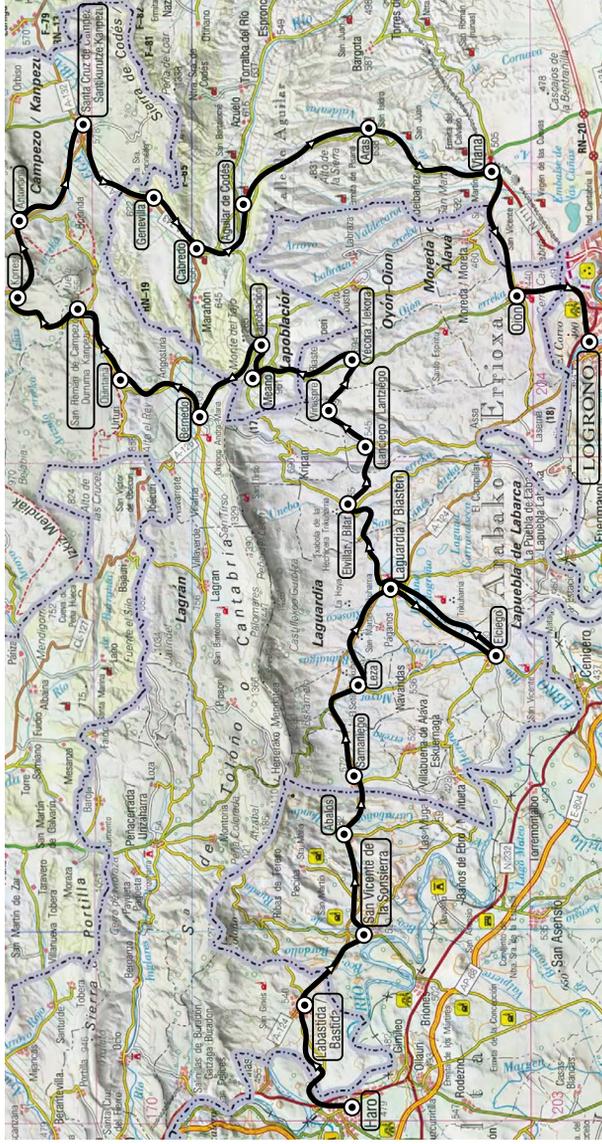
CNIG:

Calle General Ibañeiz de Ibero, 3 - 28003 - Madrid (España)

www.ign.es / www.cnig.es

consulta@cnig.es

Itinerario del andariego por La Rioja Alavesa



Adaptado del mapa de La Rioja Alavesa a escala 1:200.000

Para Marija y Almudena

Nota del editor:

Esta obra, editada ahora de manera póstuma, no es un libro de viajes al uso y no corresponde a ningún viaje en concreto. El autor escribió en los años 80, probablemente entre 1985 y 1987, este texto de «realismo poetizado» basado en su experiencia y en todos sus viajes, estancias y vivencias por tierras alavesas.

Nota del autor:

El nombre de La Rioja aparece documentado por primera vez en el fuero que el rey don Alfonso VI de Castilla concedió a la ciudad de Miranda de Ebro en el año del Señor 1093. Enciclopedia Espasa

ÍNDICE

Prólogo	15
Justificación innecesaria	19
De cómo el andorrero se encontró con su amigo Pepe y de las consecuencias que tan grato encuentro tuvo	23
Donde se dice algo de la ciudad de Vitoria, de su lustre, su industria y su aquel	31
Donde el andariego sale de Vitoria para acercarse a San Vicente de la Sonsierra	39
Donde se cuenta cómo el andorrero llegó a Laguardia y lo bien que allí se lo pasó	49
Donde el andariego baja a Elciego, sube a una motocicleta y llega a Viñaspre	61
Donde el viajero pasa por Yécora, Meano y Lapoblación, para ir a parar a Bernedo	71
Donde se cuentan las cuitas de don Martín y la guantada que le atizaron al andorrero en Oyón	81
Donde el andorrero se pasea por Logroño antes de volver a Madrid	101

PRÓLOGO

El escritor de este viaje en forma de libro, que corre ágil de cuerpo y mente por una de las Riojas, Juan José Cuadros, fue autor de varias obras literarias más sobre nuestros paisajes, en concreto por la Sierra de Segura y por tierras sevillanas y palentinas. Fue también poeta reconocido y esta sensibilidad y su perfecto uso de la lengua se dejan reconocer en su obra en prosa. Este viajero al estilo tradicional, un pie detrás de otro, era además geógrafo, por lo que su conocimiento del terreno que pisaba era sólido. Trasciende la presencia de lo real en lo voluntariamente novelado. Y aunque el protagonista pudiera ser otro, es sin duda él mismo por su contar en primera persona, su gusto por las cosas naturales y las gentes llanas, y por la ironía del buen observador. Siempre el humor es inteligencia y aquí encontramos ambos línea a línea.

Tengo el honor de prologar este viaje por petición de sus editores, y el privilegio, con ello, de ser lector anticipado de lo que aquí se cuenta y debo decir que, al acabarlo, he sentido un raudal de simpatía por su autor, a quien no conocí. Hubiera deseado más jornadas riojanas. Creo que no veré más esta comarca sin acordarme alegremente de los muy humanos lances del andariego novelesco que me la contó en estas directas y joviales páginas. Además de ser yo también geógrafo, mi familia paterna tiene raíces en la Rioja alavesa y mi padre ejerció de topógrafo —profesión de Cuadros— en los años veinte (hace un siglo) en un hermoso valle del Pirineo aragonés, con lo cual mi acercamiento personal al tema, al lugar y al autor eran previos a la lectura de este libro y debo añadir que esa proximidad ha salido reforzada: hubiera estado muy bien viajar con él. Pero no importa: aunque de otro modo, esta

obra nos lo permite. Es formidable ese poder de la escritura que nos concede ir ahora mismo con Cuadros, con el morral al hombro, por las regiones de España a revivir un viaje que pudo tener lugar hace decenios. Digo esto porque las alusiones al coche 600 o al periódico Ya sitúan en otro tiempo —que también he vivido— las andanzas del escritor y su personaje. E igualmente las que sugieren el entorno, el estado del terreno, las relaciones con las gentes, estas mismas, los gustos reinantes y hasta el estilo de la prosa. Vas a saborear, lector, estos ingredientes.

Porque está narrado en un tono clásico viajero, no sin influencia de Cela, voluntariamente marcado, en prosa con resonancias de un lenguaje que esconde, detrás de lo espontáneo, un manejo y pulimento propio de un literato. Éste, tornado en andariego atento a lo que le rodea y lo que surge o se disipa, cuenta cómo tomar y saborear la tierra misma al ritmo de los pasos, lejos de las prisas, de trasiegos, entreteniéndose con sencillez y apertura, con entregada proximidad y cierta distancia, en cada lugar y en cada encuentro y desencuentro. Como dice el personaje, sólo para conocer gentes y caminos, catar sus frutos y mantener en paz el corazón. El lector, embarcado en este ritmo cordial, participará inevitablemente del sosiego del autor, de su amable sorna, de su ritmo y de su gusto para captar mundos en cada esquina, para gozar con andar y luego contarlos. Porque el modo de expresarlo también evoca esos mundos, mediante palabras retrabajadas en un juego realizado con ingenio e incluso picardía. Porque sitúa los lugares en el tiempo mediante alusiones históricas, y, principalmente, porque lleva al lector viajero a conocer personas que parecen de carne y hueso en situaciones que podrían dar lugar a una buena película (si hubiera hoy buen cine). Así, esta geografía literaria, para bien de los lugares, se lee como el agua.

Hay párrafos geográficos y párrafos poéticos. En uno de los primeros dice el autor, en plena marcha entre colinas, viñedos, campos y pueblos solariegos, que «el paisaje explica al hombre, nunca al revés»; de modo que, cuando intentamos lo imposible, acabamos haciendo geografía en vez de metafísica. Verdad estricta. Entre los segundos, destaco (y comparto) los que alaban el gusto por lo humilde, como las florecillas de las cunetas o los tomillos, que sólo se aprecian andando, ya que de este modo “me entero mejor de las cosas”. Es decir: de los paisajes, de las gentes que se mueven en él y hasta de las hierbas en que casi nadie se fija. Es lo que regala el camino, como moras en sus zarzas o gorriones que pasan. Aunque, para ser justos, también el entorno riojano y el gusto del escritor ofrecen copiosamente

frutas, hortalizas, jamón, chorizo, morcilla, chuletillas, pimientos, melocotones, truchas, cangrejos y, por supuesto, abundantísimo vino, siempre en cada mesón... «el mejor de la Rioja».

Pero, ¿es ahora posible este modo de viajar o se ciñe ya a otro tiempo? Creo que sí es hacedero y hasta recomendable, pues consiste en un modo de ver el mundo, que está más en el espíritu del andariego que en las cosas, la sociedad o las infraestructuras del terreno. Por eso este viaje es tan aconsejable, tan necesario, tan entretenido. Tan ejemplar. Sólo hace falta ir con este libro de guía, ya sea por la comarca que trata o por cualquier otra, pues es un mensaje para el ánimo del viajero y por ello vale como el temple adecuado para deambular por todas partes. Gracias tardías, Juan José Cuadros, por haberlo escrito.

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

JUSTIFICACIÓN INNECESARIA

LA RIOJA es tierra mollar. Probablemente, La Rioja es la tierra más mollar, más esponjosa, más abundante de toda España. La más abundada y briosa que diría, con su prosa áulica e increíble, don Alfonso X, el Sabio.

En La Rioja se cría de todo. Piense quien quiera en el fruto que le dé la gana que, en La Rioja, lo encontrará. Las únicas cosas que en La Rioja no se crían o, por lo que se ve, no se aclimatan, son los poetas líricos, y uno piensa que esto se debe a que en La Rioja se come muy bien, se bebe mejor, se trabaja de firme y la temperatura es, más bien, como tirando a fresquita, y ya se sabe, los poetas líricos vienen a ser gentes como mal alimentadas, bajas de tensión, un tanto proclives a la holganza y acostumbradas a terrenos más calurosos, cosa que las predispone a los gozos de la soñarrera y de la ensoñación.

Bien puede ser que La Rioja sea una comarca una y trina, es decir que, aunque esta región natural sea única, puede admitir una división en tres partes, a pesar de que en casi todos los libros que uno haya visto y que, a Dios gracias, no han sido muchos ni muy buenos, e incluso, en el decir del común, sólo se hable de dos, La Rioja de Logroño y La Rioja de Álava, dejándose por desollar ese rabo que bien podría ser La Rioja de Navarra y que se extendería desde los altos de Meano hasta un poco más allá de Viana, aunque sin acercarse demasiado a Los Arcos.

—¿Hasta Espronceda o Mendavia?

—Sí. Una cosa así.

El río Ebro y la sierra de la Demanda, con sus estribaciones de San Lorenzo y de Cameros; el río Oja, por Ojacastro y Santo Domingo de La Calzada, y los ríos Leza o el Iregua, allá por los alrededores de Clavijo el de la célebre batalla, forman el rancho riojano logroñés. El Ebro otra vez, por el mediodía y el poniente, las sezzuelas de Cantabria y Toloño, por el norte, y la administración territorial—quiere decirse esa línea ilógica y aleatoria de las lindes interprovinciales— delimitan La Rioja Alavesa. El más lerdo, con sólo mirar un mapa, puede advertir que este segundo cacho es casi la mitad del primero, y esta minoría fue lo que pesó en el ánimo del andariego cuando le llegó el momento de plantearse sus andares y alternativas.

Pero dejándonos a un lado eso de los límites y lindazos ya que, aparte de ser esta una cuestión conflictiva y enredadora que cualquier geógrafo discutiría, pero que uno no tiene ganas de discutir, el andariego piensa —y él sabrá por qué— que los límites se pusieron y se ponen para que uno se los salte a la torera, cosa que se hizo más de una vez y más de dos; primero, porque esas lindes no se ven muy bien ni están tan claras, y segundo, porque al andorrero le dio la gana y no tiene que andar dando explicaciones a nadie, si es que hay alguien que se las pida. Al andorrero, eso de tener que dar explicaciones por algo que se hizo por gusto y a la buena de Dios, le molesta un rato, ya que él no se explica demasiado bien y sus palabras, por muy bien intencionadas que fueran, se podrían prestar a malas interpretaciones y a equivocadas preferencias. Y eso, no. Porque el andorrero —y esto es algo que le gustaría que quedase bien claro— no siente predilección señalada por ninguno de los tres rodales riojanos que más arriba se apuntaron. Al andorrero le gusta, por igual, toda La Rioja, como le gusta toda España —norte, sur, este y oeste— y, puesto a patearla, se la hubiera pateado toda entera, sin pararse en barras ni en límites jurisdiccionales. Qué más querría el andorrero que poderse caminar, paso a paso, cuarta a cuarta y beso a beso, toda La Rioja, toda la tierra española. Pero cada cual tiene sus limitaciones, impuestas por su fuelle y por su bolsa, y el andorrero tuvo las suyas, tan perentorias y ajustadas, que no tuvo más opción que la del pateo de una de las tres Riojas, La Rioja Alavesa que, según sus figuraciones, se le presentó como más arriscada, más echada para adelante que la nutricia, casi maternal Rioja de Logroño.

Pero que nadie haga mucho caso de las figuraciones del andariego, así como de las cosas que transcribe porque así las oyó contar. Sobre todo, si se trata de meterse en historias de damas y caballeros antañones, pues a fuerza de quererlas hermostear,

siempre se saldrá, de madre, en lo que a los elogios se refiere, y si las unas se las pintaron princesas, él las hará de ojuelos claros y prometedores, y si se las contaron prioras, él las dirá regordetas, coloradillas e inclinadas a la piedad innumerable. Si de caballeros hablare, los hará altaneros, corajudos y entregados a los siete pecados capitales. Eso de contar estas cosas no se le da muy bien al andariego. Al que sí se le daban era a aquel fraile del monasterio de Santa María la Real de Nájera que se sabía La España Sagrada de punta a punta. Claro que, ahora, no es cosa de perder el tiempo hablando de frailes najerinos.

De lo que aquí se trata es de decir que, una vez más, el andariego se echó el petate a las costillas, se calzó las botas de siete leguas y, pasito a pasito, anduvo por donde quiso, pagó lo que se bebió si no encontró a nadie que le convidara, conoció nuevas gentes, pueblos y caminos, cató frutos memorables y mantuvo en paz el corazón. Luego, para guardar memoria de lo vivido y andado, se sentó a dictar esto que sigue y que, a fin de cuentas, no es más que un corto homenaje hecho a favor de las personas y las cosas que en su andadura encontró.

DE CÓMO EL ANDORRERO SE ENCONTRÓ CON SU AMIGO PEPE Y DE LAS CONSECUENCIAS QUE TAN GRATO ENCUENTRO TUVO

EN EL ANDÉN de la estación de Atocha, el andorrero se encontró con su amigo Pepe, uno que es novillero y que se tuvo que ir a Suiza, a trabajar en otro oficio, cuando aquello de la estabilización.

—¡Coño, Pepe! ¿cómo estás?

Pepe dejó su maletón de repatriado en el suelo y, antes de liarse con los saludos y abrazos, sacó un puñado de billetes de la buchaca del pantalón y se los acercó a su amiguete.

—Toma, que ya iba siendo hora.

Ya hacía una pila de años que el andorrero le había dejado mil duros a su amigo, para que alquilara el traje de luces con que se presentó en la plaza de Guadalajara, y, para cuando el encuentro, casi se había olvidado de semejante empréstito.

—Hombre, Pepe, que no corría tanta prisa.

Después, el andorrero y su amigo cruzaron la glorieta de Carlos Quinto y se metieron en Casa Luciano, mismo al lado, en la calle de Atocha, donde se tomaron dos dobles de cerveza casi sin resollar.

—¡Qué fresquita está la rubia!

—¿Y qué quieres que haga, niño, que me ponga un mantón aceitunero?

—No, señorita, no me interprete, que lo de fresquita no iba por usted sino por la cerveza.

—Ah, bueno.

La chavala, que para eso estaba allí, se quiso enrollar con Pepe y el andorrero, pero ellos, que tenían muchas cosas que contarse y muchas más que recordar, se la dejaron apoyada en el mostrador, soplándose el corto al que la habían convidado para que se callase.

—Las chavalas es que todo lo enredan.

Pepe, que debía de conocer de antiguo al camarero que trasteaba en el concurrido mostrador, le pidió que le echara un ojo a la maleta y, luego, los dos amigos, agarrados del bracete, se movieron por aquellos alrededores, haciendo las paradas correspondientes —Bar Juanito, La Joya, El Museo y la farmacia de El Globo, donde Pepe se compró una pipa de mentol, para ver si se quitaba de fumar—, hasta recalar en Los Cortados, ya en lo alto de la plaza de Antón Martín, en donde la cosa se lió hasta las tantas y los mil durillos de la deuda se quedaron bastante descabalados. La alta noche de los finales del mes de julio, caldorra como una manta, descolgaba sobre los Madriles todo el bochornazo que el sol inmisericorde había juntado sobre los tejados y las azoteas de la ciudad.

Al otro día, a media mañana, cuando el andariego se tomaba un doble de café para espantar la resaca, el hombre se puso a pensar que lo que mejor podía hacer con aquel puñado de cuartejos inesperados que le habían sobrado era irse a gastárselos en Vitoria, ciudad que no conocía, pero de la que le habían dado muy buenos informes.

—Mira, en Vitoria, si te llevan a una bodega no es para que empalmes una trompa, que allí te dejan beber todo el vino que tú quieras, pero sin obligarte, como hacen en otros sitios.

—Escucha, en Vitoria, en cuantico que te descuidas una miaja, te ponen por delante unos pimientos rellenos que no se los salta ni Pinito del Oro.

—Fíjate, en Vitoria, cuando las chavalas salen a pasear, las campanas repican sin que nadie las mueva.

—Verás, en Vitoria, corre bien el dinero y siempre encuentras a alguien que te invita a lo que sea.

—Espera, en Vitoria, a los forasteros los tratan como a hermanos de toda la vida.

—Te digo que, en Vitoria...

Por eso y porque lo de irse a Benidorm, como hacía casi todo el mundo por aquellas fechas, no le hacía muy feliz —que el mar es muy traicionero y hay que guardarle un respeto por si acaso—, el andariego se hizo el propósito de tirar para el norte, como cigüeña en San Blas.

—Pues no sabe usted muy bien las zagalonas que se pierde...

—A ver si es que usted se cree que no hay más chavalas que las que se mueven por donde usted lo hace...

—Pero no despelotadillas, que es lo bueno.

—Bueno, mire usted, eso del despelote es una cosa que va en gustos y vocaciones, y un servidor, a las mozas, las prefiere vestidas y arregladitas que es como más trabaja la imaginación. Don Francisco de Goya, que entendía lo suyo de estas cosas, las pintó de las dos maneras. A mí me parece que una chavala en pelo es lo mismo que un regalo sin envolver y, enseguida, se sabe lo que da de sí. Por otra parte, yo opino que eso del desnudarse debe ser ceremonia íntima y enemiga del tumulto, pues eso de repartir las gracias de una moza, aunque sólo sea con los ojos de los demás, no me parece ni muy viril ni muy de cabeza limpia.

De esta forma, el andorrero hizo oídos sordos a cuantos consejos le dieran y a cuantas recomendaciones le hiciesen y, en cuanto que le dieron su permiso en el tajo en donde, más o menos, se gana el pan y la copichuela, apañó el macuto y se acercó a por el billete de un tren que, con bastante comodidad, asiento de culo blando, pegado a la ventanilla, sin tabarras de compañeros de viaje sin substancia y sin niños alborotados de los que lloriquean antojadizos de chupachús y de coca colas, le dejó, a la caída de la tarde, en la estación de Vitoria.

Buscó el viajero pensión cercana, presentable y acomodada a sus deseos y haberes, medio se lavó en el cuarto de aseo comunal, se cambió de camisa, aseguró sus cuartos, prendió un cigarro y, entre dos luces, se echó a andar por aquellos asfaltos y adoquinados que, por sus pasos, le llevaron hasta la

imagen de la Virgen Blanca a quien, entre devoto y temerón, se encomendó con los antiguos versos de don Juan Ruiz, el caminero arcipreste de Hita, quien, para eso, los escribió en su tiempo:

*Sancta María,
luz del día,
tu me guía
toda vía.*

Y, después, rampando por una costanilla de nada, que sube por la derecha, entre unas casas de tan buen viso que no serán particulares, se dio, más por intuición que por olfato, con el muy ilustre barrio del vino.

Vitoria es ciudad blanca y anchurosa, de amplio ruedo y altas torres, de muchos y cuidados parques y jardines, calles de todas clases, edificios de la misma manera, desarrollado comercio, gentes bien trajeadas, nobilísimas campanas, olorosas bodegas, anuncios luminosos, guardias municipales que no fuman cuando están de servicio y capital de la muy famosa provincia de Álava.

Según cuentan, Álava viene a decir algo así como «tierra llana más allá de los montes», y la cosa está más o menos clara si uno se imagina aquellas geografías, pero en estas cosas de la lingüística y de los significados lo más sensato es dejarse de tiquismiquis pues esto de las etimologías fue siempre un tema bastante confundidor.

—En los amenes del siglo octavo, según se lee en los polvorientos cronicones, don Alfonso II, el Casto —ya ve usted qué manera de señalar— en Álava se refugió huyendo del rebelde Mauregato y, unos años más tarde, también lo hizo don Alfonso III, el Grande, para escapar del traidor don Fruela.

—Y a principios del siglo que nos corre, Arturito, el de los cirios, tuvo que hacer una cosa parecida, cuando se dejó preñada a la novia que tenía en Cabezón de Pisuerga y la familia de la perjudicada lo buscaba para partírla los morros.

Vitoria reza a la Virgen Blanca, Nuestra Señora de las Nieves, que cae el día cinco de agosto, junto a, San Oswaldo, rey, y los santos Eustaquio y Cándido, mártires. Como la festividad está al caer, los «blusas» andan escandalizando por las calles, con sus camisas blancas, sus fajas rojas y sus descomunales chapelas, adelantando la celebración. Vitoria es pueblo honesto, trabajador y consciente, pero cuando se

mete en fiestas y en jaranas no hay cristiano que lo pare. En su barrio del vino es donde cunde la animación.

El barrio del vino, que ya se nombró ilustre y no hay por qué dar razones de tan acertado decir, es el centro del tumulto, el ojo del huracán. Sus calles están tomadas por gentes de todas clases que entran, salen, consumen y, a lo mejor, pernoctan en los multiplicados establecimientos del ramo que allí se instalan. Casi no se puede andar por la principal de sus rúas que es bastante larga, un tanto estrecha, con su poquitillo de cuesta y que se nombra de Pintorerías, aunque también pudiera ser de Cuchillerías o de cualquier otro nombre artesanal y viejo. Porque el barrio del vino ocupa lo más alto y lo más viejo de la población. En él están las calles más antañonas del antiguo poblado, la Judería y las Correrías. Otras calles se nombran de Herrerías, Carnicerías, Zapaterías, todas ellas nacidas entre los pañales del siglo XII y en las que tuvieron casa o posada médicos y apotecarios judíos y personajes tan encumbrados como los reyes Sancho, el Fuerte, y Alfonso, el Sabio; nobles como el canciller don Pero López de Ayala; cardenales como Adriano Florencio de Utrecht y el vencido rey Francisco de Francia.

En el barrio del vino, los bares, tascas, tabernas, puestos, bodegas, cafetines, vinerías y chiringuitos, están los unos contra los otros, hombro con hombro, y el bullicio que arma el personal que por allí se esturrea dice a las claras de las excelencias del vino que en el barrio se expende y se trasiega. El barrio conserva todavía su tradición de jolgorio que heredó del renombrado gremio de cortadores, «laboriosa, alegre y honradísima gente, famosa en los fastos del buen humor vitoriano y entusiasta centro de los más acérrimos hijos de la libertad», según se atestigua en El Libro de Álava que allá, por el año de mil ochocientos ochenta y siete, escribiera y publicara don Ricardo Becerro de Bengoa, polígrafo eminente, en la imprenta de los Hijos de Manteli y al cuidado del maestro impresor don Raimundo Ignacio de Betolaza.

—¿No fue también, en esa imprenta, en donde el malogrado y tierno poeta vitoriano, don Obdulio Perea, publicó su Diario de un cristiano, en sonoras octavas reales?

—Sí, señor. Y allí también se dio a la estampa la Corona fúnebre a Arsenia de Velasco que escribiera el inspirado y melifluo vate don Fermín Herranz.

—¿Pero no había dicho usted que los poetas líricos no se daban bien en La Rioja?

—Tenga usted en cuenta que Vitoria ya no cae en esa comarca y que, a mayores, no hay regla sin excepción.

Por no ser menos que nadie, el andariego, cuando se deja de conversaciones y se puede apontocar en una mesa, también se echa sus copitas y sus morcillitas negras con pimientos colorados que le entran sin sentir, ya que el bocadillo de calamares que se comió en la estación de Atocha, antes de venirse para acá, ya es menos que las nieves de antaño.

Vitoria tiene dos catedrales, la nueva y la vieja, un montón de parroquias, colegiatas, iglesias, beaterios, ermitas, conventos, oratorios, capillas, seminario conciliar de nómina bien nutrida y numerosas capellanías que hacen que la ciudad sea la capital de España que cuenta con más curas por kilómetro cuadrado. Más cosas tiene Vitoria, pero el andorrero, que sabe que cuanto pudiera contar de ella viene mejor explicado en los libros de geografía y en las guías de turismo, calla la boca y se aplica a lo que ahora le ocupa, pues no es cosa de perder cucharetada.

Mozancones y mozanconas, churretes de sabrosa pringue en los gustadores labios y chiribitas en los ojos, le pegan al tintorro y al claro sin ninguna consideración ni recato, agilitan sus músculos en los brincos del bailoteo y se dejan los gaznates en un vocerío de jotas saltarinas, aunque no falte, como pasa casi siempre, algún pobre desgraciado que, sin saber en dónde está, pierda la dignidad y se arranque por un bolero de los de salas de fiestas. Los fulanos de los mostradores no dan abasto; los que sirven las mesas y los que fríen, asan, cuecen, sobrasan, guisotean y condimentan tapas y pinchitos en las recónditas cocinas tampoco paran. Los azules guardias municipales y los grises de la policía armada que pasean las aceras cuidan de que nadie se desmande más de lo debido o que las canciones que se entonan se pongan subversivas o pecaminosas.

—Muy mucho se tendrían que poner para que los guardias se enteraran.

—Hombre, claro. Que tampoco se les puede pedir a los guardias, con el sueldo de que disfrutan, que se quemen las pestañas estudiando la tipología de la canción popular.

—Además, que estas coplas se cantan porque se cantan, sin echarles malicia ni ganas de molestar, que yo he oído sonar muchas de las peores en los labios más inocentes.

—¿Virginales?

—Sí; puede usted decir virginales, si la cosa le apetece. Lo que es por mí, puede usted decir hasta misa, si le da la gana...

A pesar de lo que aquí se dice y por si sí o por si no, en todos los establecimientos del barrio del vino, sea cual fuere su traza y composición, se advierten esos carteles en donde se dice que está reservado el derecho de admisión y que se prohíbe cantar y bailar, pero se ve que como estamos casi en fiestas, los que allí los pusieron o mandaron poner hacen la vista gorda.

—¿Y hablar de política? ¿Dejan hablar de política?

—Pues no sé, que en eso no me he fijado. A lo mejor tampoco dejan hablar de política, pero yo me pienso que, si uno está a gusto y con la copa en la mano, para qué se va a perder el tiempo hablando de política.

El andorrero, cuando acabó con lo que estaba liado, miró el reloj y se enteró de que era más de la una. Casi cuatro horas llevaba dale que te pego a las excelencias culinarias de aquellos pagos y ni se había percatado. Los que a su alrededor estaban tampoco paraban mientes en lo que pudieran decir los relojes; la gente no dejaba de entrar en los bares, pies redondos y cabezas volanderas, exigiendo sus copas y acompañamientos.

Cuando el comensal pudo ponerse en pie y las paredes dejaron de dar vueltas, pagó lo que le pidieron, descargó en el servicio, salió a la calle, se orientó por aquellos barrios y el fresco de la noche en calma le fue volviendo a su ser. Lucían los estrellones de agosto y el olor de los jardines recién regados le halagó las carnes cansadas de tanto traqueteo. Al buen rato, se tropezó con la pensión que había apalabrado aquella tarde, en donde el ama le preguntó que si quería cenar.

—Pues no, señora. Mejor no ceno, sabe usted. Se conoce que el viaje me ha mareado un poquillo y no tengo mucha gana.

DONDE SE DICE ALGO DE LA CIUDAD DE VITORIA, DE SU LUSTRE, SU INDUSTRIA Y SU AQUEL

POR LA MAÑANA, acicalado y limpio y hasta afeitado con jabón de olor, el andariego, al igual que un rey antiguo y poderoso, sale a la calle y se pasea la parte baja de la ciudad.

Vitoria, ya se dijo, es ciudad cuidada, succulenta, clara y llena de edificios que hasta se podrían titular notables; con buen comercio, variado color, infinitos caminos, asustadoras fábricas, innumerables gozos y educadas gentes que pasan apresuradas, bien vestidas y con cara de buen humor que se saludan cordiales y estentóreamente. Las esquinas se colorean con los carteles de toros, el cielo sigue limpio como un cristal.

El andorrero, porque así se lo pide el cuerpo y porque tiene dinerito para pagarlo, entra a tomarse un cafetillo en esa cafetería tan lustrosa y tan elegante que se nombra del canciller o del condestable Ayala. Una cafetería hermosota con barra alta, asientos comodones, donde, la gente habla en voz baja y, en lugar de palmotear, llama a los serviciales camareros con un leve gesto, casi con un parpadeo. Al lado del andariego, un señor con bigotillo recortado y que lleva en las manos un rollo de papel de a metro, también toma su descafeinado con leche endulzándolo con sacarina.

—No es vicio. Es para no engordar.

El andorrero se le queda mirando y ve que el señor no está tan gordo como para tener que recurrir a tan extraños edulcorantes. Alto sí que es el señor del rollo y hasta parece simpático y de buen llevar, pero de gordo no tiene nada. El señor de la sacarina, según se supo más tarde, se llama don Rafael y es veterinario, como lo es su señor padre y lo fuera su difunto abuelo, vive en Vitoria desde que nació y el rollo que transporta es un papelón de las dimensiones ya descritas, en el que, escrito con letra chica y bastante clara, está organizando su árbol genealógico que va o viene, según como se mire, desde nuestros días hasta los ya lejanos de la guerra de la Independencia.

—¿Desde cuándo Daoiz y Velarde?

—Sí, señor. Poco más o menos. Yo con esto me entretengo y no le hago mal a nadie.

—Tiene usted razón, que al respectivo de las manías cada cual tiene las suyas y, mientras que sean tolerables, no hay por qué protestar. A un servidor le da por coleccionar pañuelillos para el cuello y no como otros que coleccionan abubillas, con el pestazo que echan.

Don Rafael, cuando apura su descafeinado, se va a sus asuntos y, como también se ha levantado de la mesa esa señora tan rica que se estaba tomando una fanta y que, a lo tonto a lo tonto, le estaba enseñando al personal un buen cacho de pierna generosa por una rajita muy bien puesta que tiene en la falda, el andariego paga, vuelve a la calle y se entretiene mirando las carteleras de un cine, físgando el escaparate de una tienda de objetos de escritorio, observando al fulano que golpea una cabina telefónica, cabreado porque la máquina se tragó las perras y no le puso en comunicación, viendo al guardia urbano que, si no marcial, al menos, decoroso, desorganiza la circulación rodada, contemplando al dependiente que limpia los dorados de un establecimiento de pañería y atisbando, con qué deleite, a la criadita de buen ver que vuelve de la compra.

Vitoria —cuántas veces se habrá dicho— es ciudad limpia, apersonada, señorial y amable. También devota y trabajadora y labradora, mercantil e industrial. Industrial lo es un rato largo. Allí se fabrican tractores, viguetas de metal, vagones de ferrocarril y tostadoras eléctricas. A su benemérito empresario, don Heraclio Fournier, el de las barajas, cabe el honor de haber repartido, por el solar hispano y parte de otros solares, largas horas de ocio, molicie, evanescencia y entretenimiento con sus librillos de cuarenta hojas, sin contar los revesinos.

—¿Y ganadera? ¿Es Vitoria ciudad ganadera?

—¡Ya lo creo! Y si no, pregúnteselo usted a don Rafael, el veterinario, que se forra de trabajar.

En Vitoria, por el aquel del frío que en invierno y allí se reparte por sus rincones y esquinas, los altos balcones se cierran con maderas y cristales para convertirse en miradores. Más de dos mil miradores, grandes y chicos, se pueden contar en la ciudad que, a las luces del poniente, cuando uno se le acerca desde Otazo u Olavarre, brilla como un sol rojo y repetido que ruboriza los rostros de las mozuelas vitorianas y las pone la mar de guapetonas.

El andariego se da unas vueltas por las anchuras del barrio llano, del barrio que extendió la ciudad y que no para de extenderse. Es un gozo la mañana fresquita que deja su bienestar en las aceras de la sombra para remozo y gusto de carnes y de cueros. En el ferial están montados los tiouvivos y las carpas circenses; en los parques, los niños se ponen sucísimos con los ajetreos de la juguesca mientras que las mamás que los cuidan hojean revistas ilustradas, fuman rubio o hacen bufandillas de calceta. Las criaditas, aunque no fumen rubio ni se ocupen de puntos ni colorines, se muestran más eficaces que las mamás cuando llega la hora del reparto de los cachetes entre los chavales que medio se les desmandan.

Guapa está la mañana que ya se va metiendo en horas y el andorrero, que se conoce que anoche se quedó arregostado con lo del barrio del vino, deja las calles anchas y se va para arriba, para el Campillo, que así se llama el cerrete en donde se asienta el casar formando calles en óvalo que permiten barruntar por donde anduvieron los baluartes y murallas del antiguo poblado. Por una de esas calles, que a lo mejor se llama de las Cercas y que sale hacia la izquierda de por donde se va, sube hasta lo más alto del cerro y se deja atrás el bulle bulle de la calle festera que se está empezando a desperezar.

Allá arriba, con menos ruido, se está bien, contemplando casas y caserones nobiliarios, de piedra oscura y maltratada por calendarios y lluvias, y que puede que se nombren del Cordón o del Postalón. También una arboleda de álamos gordos y piopíos de gorriones urbanos que dan música y fresco al paisaje. Hay allí calles en terraza, algún recatado jardín, escaleras y escalerillas que se derraman para caer al barrio bajo y rincencillos medio rurales que muestran su tranquilidad provinciana,

sus torcidas chimeneas, sus macetas y sus ventanales que ponen, en las cuerdas de tender la ropa, pañales, calcetines y blusillas de cincuenta mil colores.

En el año mil ciento dieciocho, el rey don Sancho nombró villa a lo que, hasta entonces, fuera tan sólo la aldea de Gasteiz, la bautizó con el nombre de Vitoria, la cercó de murallas y le concedió el mismo fuero que había concedido a Logroño.

En la clara mañana de lo alto de El Campillo, las viejas historias menudean en la mala memoria del andorrero.

Don Florondio de Astún, señor de Añastro y barón del susodicho rey don Sancho de Navarra, tuvo hija caprichosilla y no muy mirada en los negocios del sobaco del muslo, la cual se enredó con Juan Bobo, sota sacristán de Cucho y hombre doñeador y de escasos principios. El don Florondio, que tenía una mala baba que no podía con ella, castró al barragán con una piedra de amolar y encerró a su hija en una torre de su casa fuerte, en donde acabó sus días dada a la piedad y tañendo la zanfoña.

—Diga usted que sí, que aquellos eran hombres...

—Un poco bestias. ¿No le parece?

Vitoria, como ciudad fronteriza, pasó de mano en mano, una y otra vez, de castellanos, navarros y aragoneses. Sus naturales militaron casi siempre en el bando de Castilla, tal y como lo hiciera el caballero don Ruy Fernández de Gauna quien, en la batalla de Nájera, cedió su caballo al bastardo don Enrique para que escapase de la quema. Cuando el tal don Enrique asesinó a su medio hermano y se alzó con el trono de Castilla y el remoquete de «el de las mercedes», no hizo gran merced a la ciudad, sino que la esquilmó en todo lo que pudo, que no fue poco.

El rodalillo que pasea el andariego es un primor. El paseante está encantado con lo que allí se ve y lo que allí se sueña. A cada paso parece que se va a abrir alguna de aquellas ventanas para mostrar la figurilla etérea de una infanta enamorada. El barrio es tan evocador que hasta el más zoquete podría imaginar allí, bajo la luz de miel de la mañana, cuántas vidas y cuántas consejas se le vinieran al capricho.

El escudero vitoriano don Pero González de Mendoza también prestó su caballo a don Juan I de Castilla, cuando tuvo que salir por pies del campo de Aljubarrota.

—Era un caballo overo que corría como un vendaval. Un noble animalico que echó las tripas por la boca en las mismas puertas de Valladolid.

—Pues vaya un trote que se pegó el rey don Juan...

—Allí se iba a estar, con las ganas que le tenían los portugueses...

Don Enrique, el Doliente, tituló ciudad a lo que ya era villa, y su nieto, don Enrique IV, el Calumniado, confirmó esta titularidad, lo mismo que hiciera su media hermana Isabel. Durante el reinado de don Enrique IV, las banderías que capitaneaban los Ayala y los Calleja, se arreararon estopa en las plazas y en los callejones de Vitoria. Los Calleja, más señoritos, comandaban la hueste nobiliaria; los Ayala, que eran así, como de izquierdas, comandaron el bando popular.

—Lo debían llevar en la masa de la sangre porque, en la guerra de las Comunidades, otro de los Ayala peleó contra el emperador.

—Y así le fueron las cosas, que don Carlos, que también era muy suyo, lo mandó degollar y para que de él no quedara memoria mandó picar sus armas y blasones y sembrar sus campos de sal.

—¡Jo, qué exagerado!

El andariego, cuando se harta de historias y de paseos, vuelve a la calle de las Pintorerías y, en uno de los muchos bares de los que anoche anduvo, entra a tomarse un bocado un tanto extrañado de la tranquilidad que impera en el establecimiento. A lo que parece, los vitorianos y los forasteros se habrán ido a comer o a descansar —que de vez en cuando lo tendrán que hacer— y los bares se han quedado tan vacíos y silenciosos que el andariego puede permitirse el lujo de descabezar una siestecilla, una vez acabado su yantar, de bruces sobre la mesa donde consumió lo que había pedido y le sirvieron.

Soñaba el andariego con don Gonzalo de Barahona, el otro comunero degollado en la cercana plaza de la Leña.

Cuando a eso de las seis o las seis y media de la tarde se despertó el durmiente, pidió un café granizado, para deshacer sus sueños y sus sedes, se estiró como un lebre y se asomó a la calle llena de gente endomingada que se metía en un caserón

más viejo que mear a pulso y, por curiosidad y porque vio que allí nadie le pedía la entrada, se coló a fisgar qué se traía aquella gente entre manos.

En el anchuroso portalón de aquel palazote antiquísimo con arcadas de medio punto, bóveda de cañón, galería alta y ochavada, algún parteluz que otro y escudones pintados sobre las paredes, alguien ha levantado una tarimilla y ha puesto en filas un carro de sillas de esas que llaman de tijera y que son tan incómodas, como sí, entre este decorado de los siglos del catapún, se fuera a representar una función de algo que todavía no se sabe lo que pudiese ser hasta que al cabo de un rato la cosa se aclara y un señor alto y joven, vestido de azul marino, peinado con brillantina y portando una camisola con chorreras y puñetas de encajería, suelta un discurso muy bien pensado, algo así como de juegos forales, en el que se explica lo de las fiestas de la Virgen Blanca que mañana comenzarán. A lo mejor, el discurso iba de otra cosa, pero el andorrero cree que es de lo que ya se dijo, aunque no muy claramente, ya que esto de estar allí sentado, entre unos señores tan elegantones y unas señoras que olían tan ricamente, le puso un poquitillo nervioso.

Después del discurso o del sermón, que de todo tenía y que vino a durar como cosa de una hora, unos señores con corbatilla de lazo y chaqueta negra y unas zagalas con vestidos blancos que les llegaban hasta los pies se liaron a cantar coplas en vasco y eso otro tan conocido de la paloma que llega a una ventana y que, según parece, es una copla que se sacó de su cabeza un músico de Vitoria que se llamó algo así como Iradier.

Otros tres cuartos de hora duraría aquel concierto y, cuando los fulanos y las chavalas acabaron con sus chillos y sus gorgoritos, unos camareros también con corbatillas de lazo, pero con las chaquetas blancas, para que no los confundieran con los de antes, empezaron a repartir copas y pinchitos a lo que quieras boca y con tanto afán que hasta al andorrero le colocaron un vaso en una mano y un canapé en la otra y así se quedó el hombre hasta que se percató, asombrado, de que lo que le habían puesto en las uñas era güisqui y caviar.

—¡Jo, macho, qué guateque!

—Pues no crea usted... Uno, en su modestia, está más echo al tinto y al queso, que son alimentos cristianos, pero como de eso no daban ni un brusco, me tuve que sacrificar y darle a lo que me dieron, pues tampoco era el momento de hacerse el delicadillo.

Sin embargo, aquella gente, tanto los que cantaron como los que escucharon, que se conoce que estaba muy puesta en eso de las comidas y las bebidas foráneas, le pegaba cada envite al alpiste que no dejaba parar a los camareros. Las bandejas se vaciaban en un periquete, las botellas, igual; las señoras le atizaban al cóctel de champán, los señores al güisquí y todos fumaban de lo caro. Al señor que había largado el discurso le daban la enhorabuena y palmadillas en la espalda, pero se notaba que aquello lo hacían por cumplir, para justificar el gasto que se estaba haciendo. Hablar, hablaban todos a la vez y sin dejar de mover el diente. Pero eso sí, ninguno perdió la compostura. Los camareros, a las escondederas, también se echaban sus copitas de anís escarchado.

El andorrero, que al principio estaba así, como acojonadete y sin rebullir en su rincón, en cuanto que se puso la tercera o cuarta copa, se puso finolis con las damas y cortés con los caballeros. Con los camareros, que eran los que partían y repartían el bacalao, se puso amabilísimo. El pimple hacía subir el color a los cachetes de las señoras y, la verdad, aunque el andorrero no se atrevió a palparlas, poco a poco se fue tomando la confianza y ya, casi a los finales del festejo, si no lo callan, hasta se hubiera atrevido a contar el chiste del cura que perdió el paraguas.

Cuando ya no quedaban ni los rabos del festín, ya pasada la media noche, el andariego, que iba negrico perdido, echó por aquellas cuestas abajo, diciéndose entre golpe y tropezón:

—Menos mal que, según tengo oído, el güisquí no da resaca...

En esta vida, cada uno se consuela como buenamente puede.

DONDE EL ANDARIEGO SALE DE VITORIA PARA ACERCARSE A SAN VICENTE DE LA SONSIERRA

VITORIA, se vuelve a decir, es ciudad hermosa, alegre, vistosa y necesaria, con ilustres historias, buen vino, píos corazones y gentes llevaderas, que colmó cuantas ilusiones se habían puesto en su visita, pero el andariego, que es culillo de mal sientto y medio bobo, a los dos días de moverse por Vitoria, ya se puso a pensar en tirarse al campo, engaliado con el polvo del camino y el viento del vagabundaje.

—Y con la flor que gallea, al borde de la cuneta, el mirlo en gorgoritos que se anuncia en la punta del ciprés y los álamos camineros que se cimbrean como en un decir de Gil Vicente.

—Sí, señor. Y con el lagarto que al sol se torra, la garza sanjuandeyepes, la pizca de hierba que los pinreles refresca, el cigarrillo fumado a contraviento y por la vista de la mozuela que se cruza en el sendero, que eso es siempre materia de deleitosa contemplación y hontanar inacabable de recuerdos líricos y errabundos.

—¿Y no te vas a esperar a la bajada de El Celedón?

—Pues no, señor. Que, si Vitoria es todo lo bueno que ya le he dicho, también es tumultuosa en extremo y lo de El Celedón en la plaza del Ayuntamiento es algo difícil de soportar para quienes no estén muy hechos al bullicio y al estampido.

El andorrero, mientras se va o no se va de Vitoria, se entra en una tasquita que se abre a la carretera de circunvalación para tomar su vino y sus informes. Estos días

atrás, hablando con unos y con otros, le vinieron a decir que La Rioja Alavesa tiene mucho que ver y bastante que catar y, curioso de cielos y paisajes, el andariego planea caminarla mientras pueda, bien llegándose hasta ella por el puerto de Herrera, bien agarrándola por las Conchas de Haro que es por donde, pizca más o menos, se inicia la comarca.

—¿Y si me bajo hasta Santa Cruz de Campezo para hacerme el camino a contramano?

—Tampoco está mal pensado, que por ahí también tiene lo suyo, pero el puertecillo de Azaceta es más duro de lo que parece. Y digo yo, ¿por qué no te vas a Benidorm que es lo que hace todo el mundo?

El andariego se malhumora una miaja con el aquel de los consejos que no pidió, se sopla su vino y se queda un rato callado, pensativo, como deshojando en la imaginación la margarita de los vientos.

Un chaval entra en la tasca para comprar una botella de gaseosa; un cura, recién afeitadito, sale de la barbería de al lado y se cuece bajo el balandrán; una ama de casa, arrastrando el carrito de la compra, vuelve del mercado soltando palabrotas por lo bajo; un feriante presume de la potranca que acaba de comprar; un motorista de los de la guardia civil, en el bar de enfrente, espera a que su pareja acabe de mear para echarse por esos caminos de Dios a multar camioneros y automovilistas despistados. Un camionero grandón y pelirrojo se apoya en el mostrador.

—¡Jo, macho! ¿qué haces por aquí?

—¡Hombre, Joaquín! ¿de dónde caes?

Joaquín, aparte de camionero grandón y pelirrojo, es un tipo tartamudo, chillón alegre y amigo del andariego desde que ambos andaban juntos en una pensión de la calle de La Ballesta de Madrid. Joaquín y el andariego acostumbraban a irse de chusma juntos y, cuando tenían algunas perras de más, se bajaban a Casa Perico y se tomaban una tortilla de escabeche que les compensaba de las escaseces pensioniles. Cuando los cuartos, por un casual, eran algo más abundantes, a donde se acercaban era a la cafetería California y se convidaban a un sándwich de jamón y queso.

—Pues si quieres que te diga mi verdad, a mí, esto de los sándwiches no me hace muy feliz.

—A mí tampoco, pero las mozas que caen por aquí están la mar de ricas.

—Sí. Eso también es verdad.

Joaquín y el andorrero, en la tasquita de la carretera de circunvalación de Vitoria, se ponen de acuerdo para marcharse de la ciudad, uno conduciendo y otro de paquete, y hacer juntos la ruta hasta donde sus caminos se separen.

—A mí me da lo mismo tirar para Miranda que tirar para Las Conchas de Haro. El vino de Haro tiene sus famas y alegrías y pienso que no va a pasar nada porque nos acerquemos a probarlo.

—Tú te sabrás tus horarios y tus carriles. A mí sí que me da lo mismo. En cuanto a lo que dices del vino, yo también lo tengo muy oído.

Corre el camión estrepitoso por la carretera que se hizo autovía y el paisaje apenas si se ve, como pasa siempre que uno viaja motorizado por autopistas e inventos de esta especie. El solano, caldorro, se cuele por las ventanillas abiertas, mece el muñequillo que Joaquín colgó del parabrisas, esparce el humo de los cigarros y revuelve el pelo que se escapó de la boina. Joaquín no mete la lengua en el paladar.

A la mano se queda Nanclares de Oca; a la contraria, Subijana; frente por frente, las torres de La Puebla de Arganzón, donde jugaran de chicos Salvador de Monzalud y Carlos Garrote y capital del Condado de Treviño, esa tierra burgalesa que la geografía y la historia metieron en los territorios alaveses. Cuando los taludes y terraplenes de la autovía lo permiten, se advierte un país moreno, ondulado en suaves colinillas que se reparten los viñedos, tierras de pan llevar, huertecillos cuajados de árboles frutales y algunos pedazos de rastrojal quemado. Lejos, hacia el sur, altos y azules, se ven los picos de la sierra de Toloño.

Según dice Joaquín, en Armañón, que atrás se fue quedando, nació Juanito Palpanalgas, barragán cumplido y con hechuras de torero de cartel, que vivió de sus prendas y a costa de la Begoñita de Erachu hasta que le partieron los morros por un sí o por un no que tuviera con un metalúrgico de Baracaldo que partía las vigas con la rodilla. De resultas, el Juanito Palpanalgas, desengañado del mundo, de los encantos de la Begoñita y de las bofetadas del de Baracaldo, acabó sus días de mandadero de frailes, en el convento de Nuestra Señora de Irate, dando ejemplo a todo el mundo de devoción y piedad.

Haro, en la provincia de Logroño, es pueblo grande y antiguo, aunque no tanto como algunos dicen o se figuran y que, si se les hace caso, te llenan la cabeza con

las historias y los nombres de Laín Calvo, Nuño Rasura, García de Nájera, don Teobaldo, doña Leonor de Castilla y el malogrado don Sancho el de Peñalén, pues Haro, como ciudad que fuera fronteriza, tiene memorias complicadas y, en sus pagos, anduvieron moros y cristianos, castellanos y aragoneses, franceses y españoles, carlistas y liberales zurrándose la badana por los siglos de los siglos y cada uno a su vez. El conde de Haro fue hombre de armas tomar, famoso por el estruendo de sus ventosidades y a quien la deslenguada Panadera, la de las Coplas, no se tomó muy en serio.

Según se lee en los libros, el viento que sopla del noroeste y al que por aquí le llaman el regañón, hace que la gente de Haro sea templada, saludable, vigorosa, dócil, comedida y sobria, y que la abundancia y calidad de su vino la vuelva audaz, alegre, vocinglera, revoltosa, metida en juerga y amable. El andorrero, cuando lee estas cosas, piensa que la gente de Haro es, poco más o menos, como la gente de todo el mundo.

En las plazas de Haro —San Agustín, Santa Cruz, los Infantes y Mayor— se pasea, se corteja a las mozas, se celebran bailongos y verbenas o se comercia con el ganado, el trigo o el tintorro. En la esquina de la plaza Mayor, que es donde para el camión que les trae, Joaquín y su acompañante se toman un vasito y se refrescan en la penumbra del local que huele a vieja corambre y a chorizo bien curado.

—Un vasito y nada más, que a mí me queda mucha carretera.

—Como tú digas.

Como no se ven chavalas pues, a estas horas, andarán trajinando por sus cocinas y otras labores, Joaquín dice que se va a ver si come en Pancorbo y, cuando su amigo se queda solo, deja el petate en el bar y se da unos paseos por la parte más vieja del pueblo, para ver la iglesia parroquial que se levantara a costa de don Enrique, el Doliente, y que es templo grave, de mucho costo y que, en sus mejores tiempos, estuvo servido por cura propio, dos tenientes, once beneficiados enteros y cinco de media ración, amén de los correspondientes sacristanes, sochantres y monacillos. También tiene que ver ese palacio del siglo XVI o del XVII en donde ahora han puesto lo del seguro de enfermedad.

El andariego, en sus soledades, vuelve al bar donde se toma un bocado, rescata el macuto y sale al campo para buscar sombra apacible que encuentra bajo el frescor y el rumoreo de una alameda que le salió al paso y allí se echa su siesta sin soñar

con nada ni con nadie. Cuando la dureza del suelo le despierta, aunque no le despabila, marcha por la carreterilla que le lleva a la estación de ferrocarril donde, sobreponiéndose a sus prejuicios y sus temores, toma un café solo, que no es tan malo como esperaba, para luego, pasadas las vías del tren, moverse por la carretera que se dobló hacia el levante y que bajo el sol picajoso y entre viñas y viñas y más viñas le llevará hasta Labastida.

—El paisaje explica al hombre —filosofa el caminante—, nunca al revés. Cuando el hombre intenta explicar, describir, contar un paisaje, se mete en geografías; claro que, por el otro camino, si trata de explicar al hombre, se mete en metafísicas o en literaturas y cualquiera sabe lo que es peor. La geografía es palpable y calculada, la metafísica divagante y confusa. Un mapa se pinta bien si se ayuda de aparatos; pintar el perfil humano es ya más comprometido; la literatura puede llevar a la poesía y la poesía al hambre...

El andariego sabe que esto que se va diciendo no queda nada claro, pero quién es el guapo que se pone a pedir claridades a un fulano que anda a pleno sol una tarde primeriza de agosto. Lo que sí parece claro es que el paisaje de La Rioja le está empezando a gustar al andariego que, hecho a los olivares del Sur y a la nada de los Campos Góticos, se alegra con esta tierra despejada, húmeda y mollar, con colinas de poca altura, llanejos de bien andar y vallecicos bien aireados que el agua avena y la sombra de los árboles refresca, con solanas y con umbrías recamadas de viñedos cuyas uvas engordan al sol que las enrabia de azúcares y alcoholes.

Labastida, cree el andorrero, vendrá a decir la abastecida o la abastada o a lo mejor ni una cosa ni otra. Labastida es lugar de unas mil almas que se entregan al laboreo de su campo paternal y variado. Sube un poco la carretera y, ya metida en poblado, se hace anchuras para formar la plaza de la iglesia frente a la que se instalan un par de bares, dos o tres tiendecillas de buen remedio, media docena de árboles, los columpios para que jueguen los niños y los bancos de piedra para que descansen los mayores. La iglesia de Labastida es grandota, bonita y morena como una espigadora. Encaramada sobre una escalinata, luce cuanto puede, que no es poco. Dicen que Labastida tuvo castillo del que no quedan ni los rabos y que, repartidas por su jurisdicción, tiene unas cuantas ermitas. También tendrá —piensa el andariego— mozas que encandilarían los ojos si se vieran, pero que, a estas horas de sol justiciero, no se ven por ninguna parte. Las casonas que se abren desde la plaza hasta el final del pueblo, siguiendo la carretera que se trae, son casas

de piedra rubial, con anchas portaladas de medio punto, aldabas en las paredes, rejas de hierro forjado, balconajes de lo mismo y aleros saledizos de viguería de madera ennegrecida y tallada en los mil jugueteos que se inventó la gubia en una labor ingenua, sencilla, graciosa y popular.

Más tendrá Labastida que el andariego no pudo ver, que el hombre iba acalorado y con ganas de estar un rato en la sombra. Si el andariego hubiese tenido amigos en Labastida, amigos parlanchines y sabidores, tal vez le hubieran contado las historias de los que viven o vivieron en las casas que dijo de tan buena presencia. Pero no los tiene, el pueblo está adormilado y hasta el tabernero del local en donde uno entró a tomarse otro cafelillo dormita de codos en el mostrador sin ánimos ni fuerzas ni para chuparle al cigarro que medio se le cae de la boca.

—¡Vaya un calor!

—Como que estamos en las cabañuelas...

El viajero vuelve al camino. El polvo dorado le pone una orla como de santirulico de retablo. Los barrancos del Bardaíto, de Rueda y del Hondón buscan las aguas de El Ebro descolgándose desde la sierra de ahí arriba.

Viñas a manta, tierras de cereal, olor a campo maduro, runrún de avispas perezosas, chicharras en la solana, sol aplomado que la brisilla que baja de los montes atempera una miaja. Manta y carretera que, al poco andar, se parte en tres: la que sigue hasta Samaniego, la que renqueando sube a los altos de Peña Cerrada y la que, a medio kilómetro de andadura, le deja a uno en San Vicente de la Sonsierra.

Si Labastida era alavesa, San Vicente de la Sonsierra, como Ábalos, a donde se llegará mañana, Dios queriendo, es pueblo logroñés. La provincia de Logroño se saltó la corriente de El Ebro que, por aquí, cansado de la trota que se traía, se tuerce y se retuerce en lentísimos meandros.

A San Vicente de la Sonsierra se entra por calle o carrillito bien arbolado y blanco, como de calerines andaluces, casas bajas y de buen ver, chavales que andan a pájaros. Con tanto brío agarra el andorrero esta calle que, sin reparar en iglesia parroquial ni en plaza antigua cuadrilonga con soportales y fuente, palazote añoso de más o menos y farolas de capital, sigue cuesta arriba destrozándose pies y botas en el pedregal que sustituyó al asfalto primerizo que tenía la calzada que,

por estas alturas, cambió sus blancos por el color desmejorado del adobe de unas casas despaldadas que el tiempo va devolviendo a la tierra de donde salieron. El pueblo, por allá arriba, es sobrecogedor y el andariego se arrepiente de no haberse quedado en lugares más amables que este donde se ve una iglesia grande, gesticulante y desamparada a quien el rayo desmochó la torre y derribó la campana y este cementerio en carne viva, lápidas rotas y cruces destrozadas, que se extiende a las espaldas del templo y este camino pedregoso, invadido de hierba borde, el derrumbadero que sobre El Ebro se levanta, la carretera azarosa y allá, lejos, frente al mirador que aquí se improvisa, las siluetas enloquecidas del pueblo de Briones.

Pero el paisaje que desde aquí se otea compensa tantas amarguras. Desde la balconada de San Vicente de la Sonsierra se ve media Rioja logroñesa y buena parte de la otra mitad. El campo es una hermosura bajo este sol que, ya en sus ponientes, arrebata de estofados los lomos de los cerretes y de carmines tramontanos el ancho cielo que va aliviando su azul.

Briones se nombró Decóbriga cuando este pueblo fuera mansión de la calzada romana que pasa por Astorga. En los medios del siglo XIV, por si no había bastante con los estragos que repartió la peste negra, la villa de Briones fue disputada en las guerras y en las paces que sostuvieron castellanos y navarros. Para poner fin a las primeras y ver de confirmar las segundas, en Briones matrimoniaron don Carlos de Navarra y la dulce princesa doña Leonor de Castilla. Se cuenta que, en las tornabodas, don Rodrigo de Mazariegos, halconero de la princesa castellana, enganchó una borrachera que lo tuvo tres días sin conocimiento y sin vergüenza. El señor obispo de Sansueña, que casó a los novios, tampoco la agarró chica.

—Pero mucho menos que la del don Rodrigo.

—Es que como aquella entran pocas por docena. Con decirte que la princesa Leonor, para rescatarlo de la taberna, donde no había pagado chapa, tuvo que empeñar parte de sus joyas...

El andorrero, al oscurecer, se baja al centro del pueblo y apuntocado en el mostrador de un barecillo se lía de cháchara con un paisano que se conoce que tiene poco que hacer y que, ente cigarro y cigarro de petacas alternativas le va contando, con más detalle de lo que debiera, eso de la célebre cofradía de los Picados.

—¿Y eso qué es?

—Pues nada. Unos tíos que, para el viernes santo, salen en procesión por estas calles, encapuchados, descalzos, con las espaldas al aire y arreándose cada lapo en las costillas que tiembla la torre de la iglesia.

—¿Y por qué lo hacen?

—Por gusto, por penitencia y hasta por costumbre. Y la verdad es que se atizan con unas ganas que se dejan los lomos en carne viva. Según dicen los que han estudiado este asunto, la cosa viene desde hace tres o cuatro siglos y, a lo que parece, todavía no se han cansado.

—¿No estarán locos o cosa así?

—No, señor. Los picados son personas de lo más corriente que pare madre, ni más burros ni más sabios que otros de los que andan por ahí, sueltos. Ya le digo que lo de esta cofradía viene de muy antiguo y, con el tiempo, la gente lo mismo se acostumbra a los palos como a los confites. Y no se piense usted, amigo, que esto es cualquier cosa, que cuando llega la semana santa, este pueblo se pone de forasteros hasta las vigas, vienen de toda España y hasta del extranjero, pues se conoce que esto de ver zurrarse al prójimo de manera tan desconsiderada es algo que consuela lo suyo.

El andariego, por cambiar de conversación, pregunta por lo de la guerrilla del vino que, según le contaron, se celebra en Haro el día de San Felices. El paisano dice:

—Bueno. Sí. Esa es otra de las ceremonias que se acostumbran por estas tierras y, a mayores, en sitios en donde hay tantísimo vino como lo hay en Haro, pero si usted lo compara con lo que hacemos en este pueblo, no tiene ni chispa de color... O eso es lo que a mí me parece, porque este es mi pueblo y a todo el mundo le gusta ponderar lo que en su pueblo se hace.

Las luces ya se encendieron en las esquinas de San Vicente de la Sonsierra y, en su dorado color revolotean las mariposillas de luz que acabarán quemándose las alas. Las estrellas se pintan en el alto cielo limpio y el paisano, apurando el pito, dice que él se va a cenar. El andariego, pensando en las viejas costumbres de los pueblos, se toma otro vasito y mira hacia la calle. No se mueve ni pelo de aire ni muchachilla por la plaza, cosas que amohinan al andorrero que se encuentra entre sudado y que siempre tuvo en mucho la contemplación de las contrarias. Unos chiquillos juegan, sin muchas ganas, entre las columnas del soportal, el

paisaje urbano se está quedando vacío y los murciélagos alocados rayan la noche de farola en farola.

El andariego, antes de que le cierren, se entra en una tiendecilla trasnochadora y mal alumbrada en la que se compra un bollo y una lata de atún que le servirán de cena. Parece como si el hombre, con lo bien que comió en Vitoria, está así, como medio empachado y esta noche se conforma con poco.

Dormir lo hará en las eras del pueblo que es cama ancha y de la que es difícil venirse abajo.

DONDE SE CUENTA CÓMO EL ANDORRERO LLEGÓ A LAGUARDIA Y LO BIEN QUE ALLÍ SE LO PASÓ

LA RETÓRICA ALONDRA —a la que algunos llaman calandria, otros tantos totovía, otros más cogujada y algunos que la llaman por otro nombre— despierta al andariego en la raya del amanecer. Los gallos cantaron un poquitillo más tarde y, cuando el sol quería asomarse por lo alto de la sierra de Cantabria, silbó el pardal, el colorín cerró con sus gorjeos la levantada, y otro avechucho del que no se sabe el nombre dio sus primeros trinos. Los ruiseñores no dieron los suyos; los ruiseñores son pájaros señoritos que no se dan por estos pagos.

El andariego, con el macuto a la espalda, no se acerca a San Vicente de la Sonsierra porque sabe que, a tan tempranas horas, se lo va a encontrar todo cerrado. Prefiere seguir su rumbo y, con la ayuda de Dios y de algún industrial del ramo, ya tomará algo en Ábalos, si es que llega. Por ahora —y a la fuerza ahorcan— se conforma con el humo del cigarrillo que encendió y con los abrideros de boca que le está imponiendo el hambre.

Azul está la tempranada, con un azul de gloria que empapa el ojo y conforta el corazón. La brisa madruguera refresca el rostro, pero no quita del cuerpo los polvos ni las pajas que le pusieron su pernocta en la era, tampoco ese picor que el hombre se va arrascando con toda la ciencia de que dispone. Ni una nube por allá arribotas. Las palomas tampoco iniciaron sus vuelos.

Hasta Ábalos corre una legua y el andariego, para acortarla, se pone a canturrear con mejor voluntad que gusto. Desentonar, desentona un rato, pero a nadie molesta, que no hay nadie que le escuche. Hacia la sierra se quedan las casas del Hornillo, hacia el río, la ermitilla de San Pablo. El viñedo ocupa el territorio que cruzan arroyos y barranquillas sin nombre; las florecillas de las cunetas muestran su galantería. El milano, con el sol de soslayo pintarrajeándole las alas, se cierne por allá arriba. Por abajo y pasadas las ermitas de San Martín, San Bartolomé y de San Roque —aunque bien puede que quede alguna que se quedó sin nombrar— se llega a Ábalos, cuando el sol roza la punta de su torre, el cura se levanta y el hombre que en la era trajina mira con curiosidad y desconfianza las pintas del andariego.

—Buenos días.

—Buenos los tenga usted.

El andariego pregunta que, si hay en el pueblo algún sitio en donde tomarse un café y el labrantín, con buenas formas, dice que sí, pero que todavía estará cerrado. A cambio, ofrece la bota.

—Muchas gracias, pero en ayunas no lo cato.

En el término municipal de Ábalos también está, aunque antes no se dijera, la ermita de San Felices, que parece santo que impera por estas tierras. Antaño hubo también un monasterio, el de Nuestra Señora de la Rosa, pero que ardió como un triquitraque durante la primera guerra carlista.

El andorrero se despide y sigue su transtrán. El estómago, repuesto de su empacho vitoriano, le está metiendo prisas y quiere ver si en Samaniego —media legua más allá— le caen las pesas con mejor fortuna. Los arroyos de Carrabancos, Valpardillo, Peñero y Herrera, secos y todo, hacen, cada uno cuando le llega su vez, que la carretera suba y baje en costanillas de poco lomo que cansan o aligeran el andar. Desde lo alto de la última, se ve la torre del pueblo que se pretende.

Si Ábalos no llegaba a los cuatrocientos, Samaniego no pasará de los doscientos habitantes, cosa que no quita ni añade faltas al pueblecillo que dorado y madrugador se abre sobre la tierra de cereal. Los pueblos de estos rodales riojanos —Navaridas, Villabuena, Leza y Baños— están tan cerca los unos de los otros que ninguno puede presumir de grande. Buena pinta sí que tienen o, por lo menos, al caminante le gusta la que le presenta este que ahora pisa y que la luz descansada de las ocho de la

mañana tinta con un color de corteza de pan arrebatado y el subrayado rojo de sus tejados, junto al pequeño hortal que lo atempera y aclimata. Samaniego es pueblo chico, pero recomendable donde cualquiera encuentra cobijo y buenas voluntades.

La señora que está echando de comer a sus gallinas, piadosa mujer, dice al andariego que en el pueblo no hay bar ni tabernilla en la que poder remediarse, pero que una taza de café con leche, que es lo que demanda el andariego, en cualquier sitio se puede encontrar.

—Usted me dirá dónde.

—Aquí mismo. Espérate a que te lo traiga.

El viajero se sienta en el poyetón que corre por la fachada de la casa y se deja que el sol, que todavía desfallece, le cubra el rostro con su purpurina transitoria.

De Samaniego tomó apellido y solar don Félix María de Samaniego, el de las fábulas. Samaniego, aunque chico, es tierra de santos, obispos, abades e inquisidores, lo que no quitó el que don Félix María saliera, más bien, un tanto descreído y mal hablado que hasta tuvo sus más y sus menos con el Tribunal del Santo Oficio. El don Félix debió de tener un genio endiablado y una saliva de esas de escupirle a un gato y pelarle el rodal.

—Todos los poetas son maldicientes.

—Y quién no, con las hambres que de poeta se pasan...

Prelados e hidalgüelos dejaron sus escudones sobre estas fachadas de piedra nobilísima en las que parece reflejarse el color de la mies que se amontona en la era. Al fondo del pueblo, lindando con el hortal, se ven los árboles que sombrean el lavadero; un poco más acá se alza la iglesia, enorme, como para un pueblo diez veces mayor y, frente a ella, se abre el frontón que se construyó hace poco y en el que unos chavales se cansan arreándole a la pelota. Las callecitas del pueblo son de tierra blanda, gustosa en los veranos y cenaguero en tiempo de lluvia. Ahora va por ellas un rebañillo de cabras que comanda un pastorcillo de conseja milagrera.

—Toma, hijo.

La señora asoma con un tazón de a cuarto de litro, rebosando de café caliente y apetecible como el beso de una novicia. El andorrero suspira satisfecho y, retirado en el poyo, se lo va tomando poquito a poco, como recreándose en la suerte.

—¿Quieres más?

—¿No será un abuso?

—Tú toma lo que te den y no preguntes tonterías.

De Peñas Rubias baja un airecillo que despeina los álamos negros que se yerguen en el egido de la casa, bambolea las faldas de las mocitas que curiosean al forastero y anida sonrisillas en los ojos de quienes más tarde piensan aventar; juguétón, también alborota el pelo de la señora de la casa que, con gesto antiguo y coquetuelo, se lleva la mano al moño y sonríe como recordando algo que le fuera gustoso y que sólo ella se sabe.

—Señora, que Dios le pague su caridad.

—Anda con Dios, hijo, y déjate de retóricas.

Entre los pagos de la Montana y el del Alto del Somo, el andariego, que lleva más de dos leguas entre la planta del pie y el calcetín, se está empezando a cansar. El sol arremete como un chirro, así que, nada más pasar el carrilillo que acerca a Leza y bajo los árboles que medraron sobre el frescor de la cuneta, el caminante se desamarra el zurrón y medio se tumba en la hierba para echar un cigarro.

Doscientas almas, tendrá Leza, algunas más si se cuentan las del personal de un sanatorio que allí pusieron. El arroyo Mayor y el de Rubialgas, junto a las tres o cuatro fuentes que por el término se mantienen, avenan esta jurisdicción que, mitad por mitad, se reparten los trigos y las viñas. Como el andariego no sabe nada de Leza ni de sus gentes, sus geografías y sus historias, se queda callado y sin pensar en cosa de mayor enjundia, mirando la mariposilla blanca que tontea sobre las flores de la cuneta y escuchando el rasrás de las chicharras que ya hace que empezaron con su aserrín aserrán. Coches no pasan muchos por esta carretera pues la gente prefiere subir a Vitoria por la del Puerto Herrera que, aunque es peor, acorta bastante el camino. De todas formas, como el camino va entrellano, los pocos vehículos que pasan no escandalizan mucho con acelerones y cambios de marcha.

—Buen sueño te estás echando.

—Una cabezadilla...

El labriego que despertó al caminante dice que va para Párganos, pueblo que queda muy cerca, y que si el otro quiere que puede echar el macuto sobre el

mulo y así andará más a su fiel. El andorrero acepta el favor y, nada más echar a andar, el labrantín, que no quería otra cosa, rompe a hablar, por los codos, de las excelencias de su pueblo.

—Pocos somos en Párganos, unas quinientas personas que andamos a lo nuestro y que nos llevamos la mar de bien. Entre nosotros no hay ni tuyo ni mío ya que casi todos estamos emparentados por sangre o por matrimonio, los forasteros no se notan, la tierra es buena y nuestro vino el mejor de toda La Rioja...

—Eso es mucho decir.

—Sí, tienes razón, eso es mucho decir, pero hay que decirlo porque en todos estos pueblos se dice igual por eso de no ser menos que nadie. La verdad es que para dirimir este pleito se necesita mucho paladar, mucho olfato, mucha vista, mucha costumbre y mucho tiempo; cosas que, cuando medio se alcanzan, le dejan a uno tan viejo que ya no sirve para estos estudios. Según me pienso, en lo tocante al vino, lo mejor que se puede hacer es beber lo que te echen y dejarte de comparaciones.

—La Rioja es buena tierra...

—La verdad es que no nos podemos quejar y, como además, está bien repartida, aquí somos todos muy parejos. Los ricos no son abultados y los pobres no lo son de solemnidad. Y, cuando llueve, llueve para todos, así que qué más le vamos a pedir...

El andariego no sabría decir, tampoco lo intenta, si es que el sueñecillo que descabezó le dio fuerzas, que la carretera se puso entrellana o que la conversación del labrador le puso el cuerpo en regla. Sea por lo que sea, el andorrero se encuentra en su mejor ser y hasta el sol le molesta menos. Por sí todo esto fuera poco, el paisano salta la cuneta, se mete entre las viñas, rebusca entre las cepas y vuelve al asfalto llevando un racimo de uvas en las manos.

—Pruébalas, son mías, todavía no están calientes.

El caminante prueba las uvas. Primero, de una en una, que es lo que pide la buena educación. Luego —las uvas están tan ricas— las come de tres en tres. Son unas uvas moscatel de esas que espesan la saliva, azucaran el cielo de la boca y atraen a los moscones. El labrantín también las picotea y, antes de una docena de pasos, el racimo desaparece.

—¿Quieres más?

—No gracias. Tenga usted un cigarro.

En el empalme que lleva a Párganos, el labrador se despide y el caminante vuelve a colgarse el morral dispuesto a pasearse lo poco que le falta para llegar a Laguardia que ya se ve en su cerro, con su barrunto de murallas, la sombra por el lado que se lleva y las siluetas de sus torres recortándose contra un cielo de maravilla. Una chiquilla, con un brazado de retama, adelanta al caminante y le mira curiosa con unos ojos grandes, llenos de chispillas doradas.

—Buenos días, buen hombre.

—Buenos días, hija.

El andorrero entra en Laguardia por el mejor de los caminos que es el que atraviesa la puerta de San Juan y, aunque alguna vez oyó decir que, en la iglesia que allí se queda, hay unos arcángeles de piedra que tañen sus músicas encaramados en las columnas del interior del templo, no entra en la parroquia, sino que, más que devoto, hambriento, cruza una plazoleta con pilón y fuente, barandilla de hierro y palacio grandón que corre por todo el lado sur de la plazoleta y entra en la calle de Migueloa, buscando un bar con el que se encuentra a los dos pasos.

Laguardia tiene cinco puertas, tantas como dedos tiene una mano, la que ya se mentó, la del Mercado y los portales de Párganos, Carnicerías y de Yécora. Tiene, también, dos iglesias, las del Señor San Juan y la de Santa María de los Reyes, en cuyo portal y sobre la columna que parte la puerta de paso al templo, una virgen de buen porte, tamaño y bonita como un decir del gay trovar, se corona de plata y ofrece el racimo de uvas que los devotos le pusieron en las manos. Dicen que Laguardia, en siglos ya antañones, tuvo una importante industria sedera cuyos productos competían con los mejores que llegaban de la China y de la India. Esto es cosa que cuesta mucho trabajo crearla lo mismo que eso otro de que su alcaide, por mano de Navarra, don Martín de Usazu, se convertía en mochuelo las noches sin luna, para mejor vigilancia de su alcaidía.

Por los cerros de Laguardia que se llaman de San Tirso y por sus barrancos que se nombran del Churrete, abundan el romero, el enebro, el espliego, el tomillo, el bodo y la salvia. El apotecario de doña Tota, Abraham de Medina, era un experto

en fitoterapia y, a pesar de todo lo que contra él dijeran, nunca dejó de cumplir los mandatos de las Siete Partidas alfonsíes que, como todo el mundo sabe, vienen a decir aquello de que «e otrosí mandamos ninguno non sea ossado de dar yerbas nin brebaje a alguno, home o mujer, en razón de homecillo o enamoramiento».

El rey don Sancho, el Sabio, de Navarra, dio fuero a Laguardia, también, gobierno y privilegio para que ningún señor que tuviera la villa por su mano le pudiese hacer fuerza ni imponer a sus naturales sayonía ni abnuda, para que los vecinos fueran libres y francos para siempre y que si señor, sayón o merino quisieren hacerles alguna fuerza, que lo matasen sin tener que pagar homicidio por ello. Este fuero de don Sancho también prohibía los juicios de Dios y las ordalías de hierro candente y agua hirviendo; mandaba ahorcar al ladrón y que los clérigos no pechasen. Sancho, el Fuerte, ratificó este fuero; Enriques, Teobaldos, Carlos y Felipes que vinieran después hicieron otro tanto de lo mismo, así como Enrique II de Castilla que tuvo esta villa en rehén. Don Diego de Estúñiga, adalid del don Juan II castellano, tomó Laguardia por asalto; los navarros que defendían la villa, viéndose a las malas, se refugiaron en el castillo y allí «fueron combatidos día y noche, con tiros de pólvora, ballestas y mandrones, de tal manera que tuvieron que desamparar su cobijo y escapar hacia Navarra». Muchos años más tarde, los liberales o los carlistas le prendieron fuego al pueblo. Martín Zalacacín de Urbia lo vio arder.

El andariego, mientras que en la barra del bar se toma un café con un bollito, recuerda estas historias y las lamenta. También piensa que los libros de historia parecen estar escritos por gentes sádicas que sólo disfrutaban contando penas y desgracias. Claro que qué coño van a hacer los historiadores si los hombres de todas las épocas y lugares las provocaron a diestro y siniestro.

—Pero no me diga usted que no sería muy bonito el encontrarse con un librote de esos en el que se dijese, por poner un ejemplo, que la gente de Laguardia o la de Navalcapullo de Enmedio, celebró excelentes bodas, tumultuosos bautizos, jolgoriosas onomásticas, inacabables fiestas, desaforados alborozos, suculentas cosechas, divertidísimas ferias y agotadores bailongos; que contase que un señor bajito casó con señora guapa y bien dotada o que una linda pastorcilla se enamoró hasta las cachas de un apuesto leñador y que vivieron felices compartiendo su bienaventuranza con todo el resto del vecindario. Pero eso, ya sabe usted, sólo pasa en los cuentos que nos contaron de niños.

—Y no en todos, que ahí tiene usted el de Barba Azul que se carga a sus siete mujeres por menos de nada...

En lo que fuera recinto amurallado de Laguardia no dejan entrar automóviles ni camiones. El pueblo está minado por sus muchas bodegas y se podría hundir con tanto peso.

El andariego, una vez remendado su estómago, echa a andar hacia la resonante y minúscula plaza mayor, en la que cualquier susurro retumba como un trueno y, cuando truena, se queda sordo el personal que la ocupa. Mismo en la plaza vivió, cuando era chico, un amigo del andariego, uno que se llama Ángel María y que escribe novelas de esas que se llevan cada premio de los de aquí te espero. Don Félix María de Samaniego, de quien ya se habló, también nació y vivió en Laguardia, en esa plazoletilla que ya se anduvo, en un palacio de piedra vista que, ahora, se ha convertido en elegante y suntuoso parador de turismo.

El andariego, por el portal de Yécora, sale a ese paseo de ronda que da la vuelta por la derruida muralla y contempla el redondel riojano. En el altozanillo que hay en la parte del norte, está el templete de la música, los chismes para que jueguen y se caigan los críos, los bancos para que descansen los mayores y otro palacio que a uno se le figura que es aquel donde, en sus días estuvo alojado don Fernando Calpena, según contara don Benito Pérez Galdós. Al altozanillo le llaman El Collado y, desde él, se ve más de medio mundo, desde las cumbres de la sierra de Cantabria hasta los altos de la sierra de Cameros, desde las riberas de Navarra hasta las inmediaciones de Pancorbo. El vientecillo que allí corre es tan saludable que hombres y mujeres de Laguardia se conservan, tan terner, hasta pasados los ochenta años.

—El vino también hace lo que sabe. El vino de Laguardia es el mejor de toda La Rioja...

—En otros pueblos de por aquí dicen lo mismo del suyo.

—Y hacen bien, que cada cual tiene que defender las cosas de su tierra chica.

Cuando el andorrero, tras rondar Laguardia, mirar el paisaje y aburrirse un poco, vuelve a entrar en la plaza Mayor, se da de manos a boca con sus amigos Mariuca y Miguel quienes, en compañía de un señor que gasta gafas, salen de una de aquellas tascas.

—¡Pero bueno...! ¿Qué hacéis por estos barrios?

—Anda... ¿Y tú?

A Miguel, aunque se llama Miguel y como Miguel lo cristianaron, le dicen Ramón y escribe versos. Es fortachón, gasta gafas gordas, se deja la barba, no fuma ni dice palabrotas, bebe vino y canta zarzuelas. Mariuca es rubia y natural de Zaragoza. Del señor que va con ellos no se sabe que tenga nada de particular. Tras los saludos y parabienes, Miguel explica que se han llegado a Laguardia a comprar vino y que por eso andan como andan, de bodega en bodega, catando caldos, discutiendo sus méritos y haciendo ganas de comer. El andorrero, que no tiene otra cosa que hacer, se une a los expedicionarios y también cata y prueba, gusta y chilla, habla y fuma y se lo pasa mejor que un gato en una matanza.

En una taberna de la calle de Migueloa, que también se dice Mayor y, para variar y porque a sus ruinas lleva, también se nombra como del Castillo, los catacaldos se encuentran con un tintorro espeso y nutritivo que parece llevarse la palma. El bodeguero que se las sabe todas saca unos cachejos de queso bien curado para acompañar a la cata. El vino no necesita de esos artilugios y su bondad se impone inevitablemente y allí se apalabran todas las arrobas que caben en el cochecillo del señor de las gafas de quien ya se sabe que es el señor alcalde de Matute.

—¿Comemos?

Los catadores, que ya están a medios pelos, se acercan al parador del Fabulista Samaniego, lugar fresquito y muy elegante, en donde y casi sin pedirlo, les sirven unas pochas con codornices, continuadas por unos filetes de choto que los dejan traspuestos. A los postres, el director del hostel, que parece hombre dado a las buenas lecturas, se les acerca y pide a Miguel que haga el favor de dedicarle un libro suyo. El director del hostel es un tipo alto, joven, vestido de azul marino y con corbata muy chula, cuyo rostro le parece familiar al andorrero.

Miguel firma sus versos e invita al director a que se siente un rato, hace las presentaciones, se embaúla un escriño de natillas espesas, charlotea, habla de Rubén Darío, canturrea lo de «La Revoltosa» y se lo pasa pipa. El andariego le va a la zaga. El director del hostel invita a una copa de pacharán y habla de versos. También dice que el otro día, en Vitoria, dio el pregón de las fiestas de la Virgen Blanca.

—¿En el barrio del vino?

—Sí.

—¡Anda! Si yo lo oí y, por cierto, fue un discurso la mar de bonito.

El director se siente tan halagado que invita a otra copa de pacharán, llama al administrador, cae la tercera copa de la sobremesa, acude el médico del pueblo a tomar café y se une a la tertulia. Al rato llega el notario, el maestro y un señor de San Sebastián que está alojado en el parador con toda su familia.

En la iglesia de Santa María de los Reyes trabajaron, allá por el siglo xvii, los tallistas y maestros retableros Juan de Arizmendi, Juan Vascardo y Juan de Iralzu y se sospecha que también lo hizo Gregorio Hernández. Las maravillas que llevaran a cabo no las pudo ver el andorrero que estuvo muy ocupado por otros menesteres y dándose al gozo de la amistad y de la abundante conversación.

Las cinco y media sonaban en el reloj de San Juan, cuando el grupo se toma la penúltima y cada cual habla de marcharse a sus quehaceres. Mariuca y Miguel invitan al andariego a que se vaya con ellos a la casita que tienen en Tobía, ya en la provincia de Logroño, al pie de la sierra de la Demanda, que es donde están pasando las vacaciones. El viajero dice que él tiene otros planes y que, si los cumple y le sobra tiempo, a lo mejor se deja caer por allí. El hombre habla de emocionantes viajes, panoramas inéditos y dice que el escudo de Laguardia muestra un solo cuartel con castillo y dos llaves que lo flanquean. Entre las pochas y el chuletón de choto que se metió en la tripa el andorrero no sabe ni lo que dice. Sobre los arrugados manteles se quedaron cinco botellas vacías y, con un culillo de nada, la del fresquito y sonrosado pacharán.

Tras las despedidas y ya en soledad acompañante, el andariego se acerca al Collado, a contemplar el panorama y a ver si el vientecillo que se ha levantado le despeja los cascos y le rebaja el bandullo. Un chaval, que pasa despendolado sobre una bicicleta, está a punto de atropellarle y, de paso, darse el morrón. La mamá del crío se encrespa:

—Pues vaya con el tío borracho que no mira por donde va...

—Ya lo creo que miro, señora, ya lo creo que miro. Y gracias a este mirar, que es el más dulce de los oficios, tengo el gusto de ver la buena planta que usted luce, la gracia de su bonita cara y lo bien repartidas que tiene las mollas, no solo para

su propio deleite y lucimiento, sino también, para mayor satisfacción de su señor marido, cuya vida guarde Dios muchos años.

El fulano que sentado en uno de los bancos está leyendo «El Pensamiento Navarro» alza la vista y pregunta con desgana:

—¿Qué te pasa, Pepa?

—Nada. Este hombre que me preguntaba por el camino de Elvillar...

El viajero se hace el desentendido, sigue su andar y todavía no se ha aclarado si la señora contestó como contestó para evitarle un disgusto con el del periódico o por si se sintió halagada por las palabras que le dedicó el andariego.

La sierra de Cantabria con sus peñascos de Cervera, el Cuervo, la Roja, el Castillo y el León dora los verdes intensos de su bosquerío con los brochazos amarillentos que le pone el sol de la última tarde. Por las faldas de la serranía verdegean los viñedos y arde la tierra de pan llevar, los árboles cabecean, las nubes ni se ven, los huertecillos desperdigados muestran los verdes esmaltados que les aumenta el agua. Tiempo de paz que el andariego aprovecha para despatarrarse en un banco, fuma en silencio, entorna los ojos y se complace con la apostura de la niñera que cuida de unos cuantos críos y crías y salta con ellas a la comba enseñando, a todo el que tiene la suerte de verlo lo que medio descubre su falda estampada en aquellos revoloteos.

En Laguardia de Álava —que así debió de ser el nombre completo de tan ilustre villa— fue gobernador, por mano de don Felipe, el Navarro, el noble caballero don Saladín de Angleura, aquel que tuvo como mayordomo al maestro Robín de San Víctor, hombre de sospechosas costumbres que compartía con el diablo, en forma de blando y amadamado pajecillo, sábana y mantel. Los dos, paje y mayordomo, se perdieron una noche de tormenta escapando por el cañón de la chimenea. El andariego no está muy seguro de esta vieja historia que no sabe muy bien si la leyó, se la inventó o se la contaron para quedarse con él. Desde allá arriba, las estrellas que se empezaron a pintar miran al caminante cuando va de vuelta al hostel para recoger su petate.

José Manuel, el director del parador, que todavía está, muy agradecido por lo que se alabó suрегón del otro día, invita a cenar al andorrero, un arroz en blanco

con huevos fritos y tomate y una pescadilla enroscada, que es cena honesta y soportable, después de las rudezas del almuerzo. El andariego acepta, e insiste en su alabanza pregonera:

—Pues sí. Tu discurso fue una pieza oratoria sin más defecto que su brevedad y tu exceso de modestia...

El director también invita a café y, poco más tarde, llegan para tomar los suyos el médico y el notario.

El notario es un tipo muy joven, recién casado y que gusta de la poesía, el champán y el tabaco rubio. Carlos, el médico, es un tiarrón que truena cuando habla, fuma negro y cuenta sus aventuras, cuando con poco más de diez años, al acabar la guerra civil y en plena nevada, se perdió entre la multitud de fugitivos que cruzaban la raya de Francia; cuando, en las navidades del año cuarenta y seis y también nevando a todo nevar, descarriló con el expreso de Andalucía en la estación de Cinco Casas. También dice que hace cosa de tres o cuatro años, yendo a visitar a un enfermo de Peña Cerrada, se perdió a caballo en plena nevada.

Las campanadas del reloj de la iglesia vecina puntean la conversación y, a las tantas, cuando cada cual se ha ido para su casa, José Manuel le dice al andariego:

—Lo malo es que tengo la casa llena y no sé dónde ponerte una cama. ¿A tí te importaría dormir en la alcoba que fue de don Félix María?

—En peores garitas nos hemos acostado.

José Manuel le lleva a un dormitorio grandón que hay en la primera planta en el que se ve una cama de tres colchones, con dosel de brocado y colcha de lo mismo, mesillas de noche con bacinilla en sus bajos, armarios monumentales llenos de casacas bordadas y camisas de encajería, lámpara historiada y reja forjada a la calle. Sobre una de las mesillas de noche, junto al panzudo quinqué que todavía funciona, hay un ejemplar del libro del padre Nüremberg, «De lo temporal y lo eterno», que el don Félix dejaba allí para disimular.

Ni brocateles, perinolas, casacas y ánimas del otro mundo, ni mucho menos libro de tantísima devoción, desvelan al viajero que se mete en la cama y se duerme corno un caballerito de Azcoitia.

DONDE EL ANDARIEGO BAJA A ELCIEGO, SUBE A UNA MOTOCICLETA Y LLEGA A VIÑASPRES

EL VIAJERO SALE DE LAGUARDIA por la antigua puerta de Párganos, se descuelga por el terraplén, tropieza un par de veces y, enfilando la carretera que tira para el sur, busca la villa de Elciego con la familiar intención de visitar a su primo el cura.

Colchas y colchones de don Félix María no le emperzaron y desde muy temprano está pisando el polvo del camino, antes de que el sol se enrede entre los pámpanos. La mañanita, recién abierta, el aroma acre y duro que las cepas tienen y otorgan cuando sus reverendos frutos están a un paso de su golosa madurez.

A medio andar, el andariego, a quien ni cuerpo ni alma le meten en prisas, se desata el morral, se afloja los cordones de las botas y se recuesta en la cuneta, con los ojos vueltos hacia la muy noble y acogedora villa de Laguardia, y ve montes lejanos y azules, colinillas cercanas y amarillentas, árboles empinados, barranquillas que se disimulan entre los cultivos y algún que otro viñatero que, doblado sobre su hacienda, escudriña los avances de la muy próxima cosecha.

Una nubecilla de adorno pasa, de levante a poniente, lenta como un navío que hubiera perdido los rumbos. Un pardal se endulza el pico con la uvica que hurtó, brinca el saltamontes desorientado, la mariquita vestida de lunares indaga las puntas de la hierba y una hormiga curiosa se encarama en la punta del boto del andariego.

De acá y de allá llega el petardeo de los tractores, el zumbido monótono de las máquinas segadoras que apagan las voces de los hombres que las manejan. La gente está haciendo el agosto y, desde antes que Dios amaneciera, está dale que le das, echando todo su esfuerzo sobre la labor, ahora que el sol todavía no quema que, cuando queme, también lo seguirá echando.

El andorrero, que es hombre antiguo y acostumbrado a las viejas artes de la agricultura, no se aclara demasiado, aunque tampoco lo intenta, cuando ve la manera que hoy se estila en esto del cosechar. Arregostado a otras cosas, se extraña de no ver los reflejos del dalle, los lampazos de las hoces que abren camino en el trigal, el subir y bajar de los cuerpos molidos. Por las hermosas veredas del verano tampoco se ven aquellos mulos cargados de mies, los carros repletos de grano, las alegres espigadoras, los morilleros con las barjas de la merendeta. El andariego piensa que esto que, está viendo ahora no sea más que eso que se ha dado en llamar la mecanización del agro, cosa que quita gente y bullanga del paisaje, a cambio, le pone ruidos de chapa, mal olor de gasolinás y extrañas estructuras que son chismes peores de aguantar.

El caminante, parece que ya se ha dicho, tiene un primo cura en Elciego, lo mismo que tiene un primo practicante de cirugía menor en Ciudad Real. Eso de tener un primo cura le pasa a mucha gente y no es cosa de extrañarse; más raro es tener un pariente domador de leones o director general en la administración. En lo de tener parientes raros, algunos hasta filatélicos, la gente no se queda corta, que, por conocer, se conocen parientes que ejercen hasta de pasteleros en Madrigal. Eso de tener un primo cura es una cosa muy normal y no hay que andar dando explicaciones por ello. El primo del andorrero lleva de cura, en Elciego, algo así como treinta y tantos años de servicio. Con tantísimo tiempo cobrando diezmos y primicias o sus equivalentes en este siglo de poca fe y menos caridad, el primo cura tiene, según se oyó decir, una bodega de lo más apetitosa con la que el andariego quisiera trabar íntimo conocimiento. El primo del andariego es un cura metidillo en carnes, de los de teja y balandrán, de los que todavía dicen que es pecado bailar el agarrado y que el cine es escuela de malas costumbres. El andorrero, cuando piensa en su primo se acuerda siempre de don Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, por el aquel de sus chichas abundantes, su voz de bóveda y por sus reconocidos conocimientos del alma humana y de los secretos de la gastronomía no por cualquier otra cosa, pues el primo cura ni persigue serranillas

ni escribe versos, sino que persigue a los pecadores para llevarlos al redil de la santa madre iglesia y escribir sólo escribe, de tarde en tarde, para saber de la familia que tiene esturreada por el mundo.

Otra cosa sería si, en vez de hablar del primo cura, se hablase de su vecino Melquíades, el de la señora Nunilo, uno que vivía de lo que saltaba y con quien no se podía salir a la calle sin enredarse en un laberinto de faldas que, casi siempre, acababa a sollada limpia. El Melquíades era un criaturo mala sombra que se creía gracioso y a quien más de cuatro veces le sobaron los cueros con toda la razón del mundo.

El andariego vuelve a sus trancos y, a la media hora escasa, entra en el pueblo de Elciego, lugar de mil y pico almas, villa antigua de nobles habitantes y sede de las suculentas bodegas del marqués de Riscal. Parece ser que el primitivo poblado se asentó un poco más abajo, a las orillas de El Ebro, plantando cara a la provincia de Logroño y al cobijo del monasterio desaparecido, el de San Andrés de la Ribera, que entonces le diera nombre y sonsonete de campanas. En aquellos días, un vecino ciego e industrioso plantó una venta en el cruce de los caminos que llevan a Leza, Samaniego y Laguardia y, fuera por lo que fuese, la bondad del vino que expendiera, el trato afable que proporcionara o por lo bien que el amo rascaba la guitarra morisca, el lugar prosperó hasta tal punto que, con el nombre que hoy se le viene dando, fue erigido en villa durante el reinado de don Felipe II.

El primo cura no está en su iglesia.

—¿A que he perdido el viaje?

—No, buen hombre, no se preocupe usted. Lo que pasa es que, a estas horas, el señor cura se da un paseillo hasta la ermita de San Roque para echarle la vista al majuelo que tiene por allí.

La ermita de San Roque, el del perro sin rabo y abogado de la peste, está al ladito del pueblo, en un altozanillo por el que se mueve un aire suave y congratulador. En la explanada, que está muy bien de piso y que se extiende por detrás de la ermitilla, el primo del andorrero se fuma un cigarro de caldo de gallina, dándose unos paseos de acá para allá.

—¿Qué te trae por aquí?

—Ya ves. Que me he dicho, vamos a ver cómo anda ese cura y, de paso, a ver si me invitas a algo.

—Pues aquí me tienes, cada día más lucido. Ya he pasado de las ocho arrobas y los médicos me están empezando a dar la tabarra con que si el colesterol, con que menos grasas, más verduras y menos goce sobre los manteles. La verdad es que no les hago mucho caso. La gente sólo se muere cuando le llega la hora y todo lo demás son teorías y ganas de enmendarle la plana a Dios. Mira tú lo del primo Pepe, con tanto cuidarse, que tenía la barriga que parecía un parchís con una pastillita azul a la una, otra pildorica verde a las cuatro y otras de otros colores y otros horarios para lo de la tensión, el riego y la artrosis... ¿Y qué?... El verano pasado se ahogó en La Puebla de la Barca. Claro que quién le habría mandado bañarse en el río, con los ochenta más que cumplidos...

Los parientes hablan un rato de lo del Concilio, de lo mala que está la vida, de los quehaceres del uno y del otro, de la cargazón de uvas con que se presenta la cosecha, de parte de la familia y de tres o cuatro cosas más, hasta que se bajan para el pueblo a ver si le ha caído tajo al cura.

Elciego es un pueblo hermoso, menos militar que Laguardia y, por ello, con historia menos aperreada. Elciego es pueblo amable, con casas de todo orden, calles anchas o estrechas, entrellanas o empinadas, pero siempre limpias y de llevadero pisar. La iglesia es grande como ella sola. Esto de iglesias tan grandes en pueblos tan chicos es algo que desconcierta a cualquiera que no esté muy al tanto de la Historia de España, aunque a veces, por muy al tanto que se esté, también desconcierta. La fachada de la iglesia, que se levanta en lo más bajo del pueblo, aparece tostada de soles viñateros y en pura filigrana del mejor barroco. El retablo del altar mayor es descomunal y en él brillan los tallados haces de espigas y los racimos de uvas como corresponde a un pueblo acostumbrado a las buenas cosechas. Todo, en el templo, está limpiísimo y ordenado, los santos sin mota de polvo, el sacristán con la bayeta en la mano, los monaguillos que, cuando ven acercarse al cura, se ponen firmes, como guardias pontificios, las beatas, curiosas, rezadoras y zalameras, echan el rabillo del ojo pare ver quién acompaña al prior.

—¿Y cómo se te ocurre presentarte sin avisar? —dice la hermana del cura—.

—Ahora no tengo nada que darte...

El andariego, cuando oye quejarse a su prima, siente un alegrón que no es para contarlo. Él sabe, y su experiencia así se lo enseñó, que cuando un ama de casa dice lo que le acabar de decir, siempre acaba sobrando comida.

—No te preocupes, prima, que yo con cualquier cosucha me arreglo...

Lo primero que, al cabo del rato, ocupa los manteles, entre las aceitunitas aliñadas y los rabanitos sonrosados que antes asomaron, es una fuente de arroz con pollo, que hay que pillar carrera para dar con él. Luego, unas criadillas recién fritas capaces de poner lágrimas de agradecimiento en los ojos más protervos. El vino, que es de antes de la guerra europea, aromatiza el ambiente del comedor y empuja y deshace todo lo que va entrando con él. A los postres, unos melocotones gordísimos, de huerta propia, coloradillos como el sofoco de una mocita bailonguera, ponen sus refrescos y dulzores sobre el cielo de la boca.

—No, primo, yo copa no tomo. Yo me apuro esto que me queda en el vaso y ya voy más que despachado.

A la mitad del segundo caldo de gallina, de la petaca del cura que no fuma otra cosa, cuando el andariego ya ha dicho que piensa subir a Laguardia para ver, desde allí, qué rumbo toma, un chaval bien fregado y bien peinado entra en el comedor y le dice al cura que, si necesita algo de Logroño, que su hermano Josito se va ahora mismo para allá, a llevar unos papeles.

—Hombre, sí. Dile a tu hermano que se acerque.

El hermano del chaval llega a la puerta del cura cabalgando en una motocicleta de poco poder. Cuando el andariego ve semejante chisme, pierde el color, pero se aguanta y sonríe, apura el pito, se despide de la familia y se coloca sobre el trasportín del cacharro sobre el que antes y para consuelo de las posaderas, ataron una almohadilla. Petardea la moto soliviantando el sueño del caserío, acelera en la cuesta arriba, cruza el pueblo y enfila, como una flecha, la carretera que más despacio se anduvo esta mañana.

—¿Vas bien?

—No me puedo quejar...

El viajero lleva más miedo que vergüenza. Miedo que se le aumenta cuando Josito, al que no se sabe por qué le llamarán Teodoro, según le dijo el cura, adelanta con derroches de osadía al camión cargado de pollos y gallinas que van esturreando su plumaje en una nevada de mentirijillas. El sol de prima tarde pica con ansias y ni el ventalle que la velocidad regala seca el sudor que el sol, la digestión y el pánico ponen sobre las carnes del que va de paquete.

El campo, tan hermoso y prometedor como esta mañana, parece otro. La cegazón que ponen la velocidad y el canguelo no dejan contemplar el mundo con el justo sosiego y la buena luz que el menester de los ojos requiere y necesita. Con estos trotes, todo se hace una mancha, difuminada, bailoteante, amenazadora que se escapa por los rabillos de los ojos antes de que uno se percate de lo que está viendo. Un tractor rojo que viene de frente se echa a la cuneta para no provocar un desastre. El Josito ni se inmuta; el andorrero medio farfulla el «Señormíojesucristo».

Cinco minutos más tarde, en la cruz con la carretera de Logroño, a los pocos pasos del camposanto de Laguardia, el viajero se apea del trasto con el notorio alivio que se le pinta en el rostro.

—Tú es que no estás hecho a la moto y no te relajas —dice el Teodoro—, pero si quieres, todavía te puedo acercar a Elvillar.

—No, gracias. Mejor es que lo dejemos como está que de esto, como de otras cosas, lo mejor es no abusar. Ya que hemos salido con bien, vete tú a lo tuyo y yo me iré a lo mío, a mi paso y sin correr. Y no creas que es sólo por el miedo que me hayas hecho pasar, sino porque andando, me entero mejor de las cosas, del paisaje, de la gente que me cruza, de las hierbas que piso y de los animalicos que me encuentro. Eso de ir en moto será muy cómodo y muy descansado, pero con ello no te enteras de nada.

Para ir de Laguardia a Elvillar hay que saltarse cinco arroyos; el regato del Pisarnoso, el barranco del Valle Andrés, la acequia de San Julián, el riachuelo de San Ginés y, ya mismo en las casas del pueblo, el arroyo de la Uneba que se junta con el del Soto una chispa más abajo, pero este último es tan poca cosa que se pasa sin sentir. Todas las aguas que se mentaron van medio secas y por un terreno que se reparten las viñas, los cereales y un cachejo de monte bajo que se derramó de la sierra de Cantabria y que, bajo este sol de espantos que curte la nuca del andariego, expande un olor pegajoso de argomas y jarales que empalaga el olfato.

La tierra de la jurisdicción de Elvillar es una tierra calma, casi toda de pan llevar y que, en estos días, muestra sobre los distintos pedazos y parcelas unos bultos de paja muy bien empaquetados, tal y como la máquina los dejó. Son unos bultos sin la jactancia ni la alegría que les pusieran las espigas argañonas a los haces de otrora. Estos paquetes que aquí se ven tienen una pinta de científicos, de geométricos, casi de novela de ciencia ficción que no gusta al andariego. Ya se ha dicho que el andariego es hombre antiguo y poco dado a estas cosas que le desacostumbran y le rompen sus esquemas, que le hacen pensar que una espiga es algo que merece un respeto y no este embalaje que ningún poeta podría cantar, por mucha voluntad que pusiera en el asunto.

Elvillar es pueblo mínimo, pero con plaza de buena presencia. Los quinientos o seiscientos habitantes de la pobladura pueden estar orgullosos de su plaza, con soportal cobijadero de soles y lluvias, nieves y ventarrones y que, en su penumbra, se muestra, fresquito esta tarde de calores rebosados. En la plaza está la casona que dicen del Indiano y un barecillo acogedor al que se entra el caminante para tomarse un vino fresco.

—¿Vas de promesa?

—No, señor, que voy de enamorado.

—¿Y de dónde es la novia?

—Mi novia es el camino y el campo que desde él se me enseña, las buenas gentes con las que hablo y el vino que me pago o me dan, la carrera del lagarto y el brinquito del gorrión. Yo estoy enamorado del son del aire en los chopos y del rumor del agua en las acequias y, sin que quepa la menor duda, de cuanta muchachilla mona que se me ponga a tiro de la mirada. Para un servidor, el campo...

—Mucho te gusta a ti el campo para que te hayas dejado los pellejos en él, segando o en la vendimia...

—En otras cosas, y tan honradas como las que usted dice, los pellejos me dejé, que del cielo para abajo cada uno vive de su trabajo y de sobra es sabido que el hombre tiene muchas maneras de ganarse el pan de casi todos los días y la camisa limpia de los domingos.

El viajero, algo cansadete, está a gusto en Elvillar. El pueblo tiene un buen pergeño y su plaza es espectacular ahora, cuando el sol de la atardecida da de lleno en los cristales de sus fachadas, multiplicando luces y caprichos, colores y arcos del Señor.

—La semana que viene son las fiestas. ¿Te piensas quedar?

El andariego dice que no, que en cuanto que descanse un poco seguirá su camino hasta Lanciego y el que le preguntó, que era el tabernero, le replica que él se lo pierde pues, para las fiestas, vienen músicos de Laguardía, curas de todo el redor, muchachas forasteras que están muy bien y que, allí, en festividades y casi siempre, se come y se bebe como en pocas partes se hace.

—Ya... Sí, señor... Pero el camino es el camino.

Y diciéndolo, el andariego sale a la calle, echa las espaldas al sol, agarra el camino de herradura que se escapa entre zarzales cuajadicos de moras y, meneando bien las tabas, se pone en un punto junto el arroyo de Blas, allí, donde se juntan las mojoneras de Elvillar, Cripán y Lanciego. Pegado al molino harinero que allí levantaron, un sotillo se endereza y, sentado a su sombra, el caminante se fuma un cigarrillo y escucha a los pájaros cantar. Cantan tan bien los pajarillos que el andorrero se pone a pensar en el trovador galaico don Ferrando Esquíu y en las buenas razones que tenía para hacer lo que cuenta en su cantar:

Seu arco na mano

as aves ferir

a las que cantaban

deixalas guarir.

Y, después de decirse esta cantiga y otro par de ellas que, por el mismo estilo se sabe, el caminante vuelve a andar por el pago de El Vedado y entra en Lanciego.

—Pues, aunque en Elvillar no se lo hayan dicho, sabrá usted que aquel Indiano que hizo esa casa que tanto le gustó, cuando volvió de las Américas se trajo un loro tan desvergonzado y tan mala lengua que acabó sus días quemado por la Inquisición de Logroño.

Lanciego es pueblo gentil que, junto a las pocas aguas del galijo que le da nombre, se levantó en las postrimerías del siglo XII. Lanciego es lugar verde y frondoso,

con matas floridas y árboles espesos que le nacen al buen tuntún. Algunas de sus casas tienen su emparrado dando sombra a las puertas y macetas en las ventanas. Los cien vecinos que viven de la tierra de su corta jurisdicción se llevan muy bien. El viajero, aunque se queda con las ganas, no se entretiene en pueblo tan bonito porque todavía no son las ocho y aún le queda un buen rato de luz que le dejará acercarse a dormir en el cercano pueblo de Yécora. Unas mujeres que están a su labor alzan la cabeza y le miran pasar sin hacerle mayor caso.

En Lanciego nació Torcuato Juan de Genevilla y López, en los carteles, Niño de los Carrizos, matador de novillos toros que se apartó de los ruedos en la plaza de Villanueva del Arzobispo, provincia de Jaén, cuando la guardia civil tuvo que acabar a tiros con el sexto del encierro, a eso de las diez de la noche de un día aciago de San Miguel Arcángel, patrón de la susodicha ciudad jaenera o jiennense —que de las dos maneras se dice—, y cuando los ánimos de los espectadores estaban a punto paso del motín. Una vez que los toros le metieron el resuello en el cuerpo y la benemérita una buena tunda, el Torcuato Juan cambió su oficio por el menester más artístico de esquilador de perros de guarda y compañía hasta que casó con Ramona Pérez Zapata, en el pueblo de Esparragosa de Lares, dentro de las lindes de Badajoz, en donde, al cabo de los años, pasó a mejor vida a causa del entripado que agarró con unas chuletillas de cordero que estaban de putamadre, el día de la fiesta del mentado pueblo. El andariego, que años atrás estuvo trabajando en el antedicho Esparragosa, no se extraña de lo del entripado pues a pique estuvo de enganchar otro parecido, solo que con lomillos de cerdo, el día en que acabó con los trabajos que hasta allí le llevaron.

—¡Jo! ¿Te acuerdas de la tranca que nos liamos?

—Y menos mal —decía Felipe, el Churro, colaborador del andariego— que nos fuimos hasta Cabeza de Buey en lo alto de la alsina y el aire nos limpió la cresta...

El andorrero marcha por una carreterilla estrecha que, según se piensa, le puede llevar a Yécora, pero, sin saber por qué ni porque no, el carril se desvía para morir en Viñaspre, que es pueblecillo de menos de veinte fuegos y que se moja los pies en el arroyo del Vado.

El viajero se dice que, por hoy, ya no anda más, que ya llegará a Yécora mañana por la mañana, que van para cuatro leguas las que se puso en los calcañares, contando

con la que se hizo de paquete en la moto, y que apenas si le queda media hora de luz. Como buscar fonda en Viñaspre es como pretender cortar naranjas en el fondo del mar, el andariego husmea un poco por el caserío, ve la iglesita mínima que le emociona y entusiasma, encuentra una tiendecilla en el portal de una de las casas y allí se compra una lata de sardinas en aceite, un cuartal de pan, un par de melocotones tirando a gordos y media botellita de vino paisano. Luego, con la intendencia repartida entre los bolsillos del morral, anda como cosa de diez minutos hasta llegar a la orilla del arroyo del Vallarmen.

Baja de la montaña vecina un fresquito retozón que despeina y enjuga el sudor de la jornada, que hace menearse a las matas oscurecidas y las altas hojuelas de los chopos a cuyo amparo el caminante se dispone a pasar la noche. Está anocheciendo y el campo riojano pasa, poquito a poco, del color azul pálido al tono gris que se va haciendo negruras bajo el cielo colmado de estrellas del mes de agosto que juegan al escondite entre las altas ramas. Canta una rana para que músicas no falten.

El andariego le da un tiento a la botella, abre el pan con la navaja y la lata de sardinas con la llave que le proporcionaron, empapa la molla del pan con el aceite de las sardinas, le da otro tiento al vino, coloca, bien colocadas las sardinas y se hace un bocadillo de a cuarta que se embaula en menos de un amén. Los melocotones siguen el mismo destino y arde el pitillo de la sobrecena.

El andariego piensa en cualquier cosa que no le complique la vida, luego se des-pereza, se descalza botas y calcetines, se envuelve en la manta, se echa la boina a los ojos y se duerme, que ya lo estaba necesitando.

DONDE EL VIAJERO PASA POR YÉCORA, MEANO Y LAPOBLACIÓN, PARA IR A PARAR A BERNEDO

DURMIÓ EL CAMINANTE como en su vida lo pensara, se conoce que agarró una buena postura y el acomodado reparto del cuerpo le compensó de las durezas del lecho, no le pesó la cobija, lo tupido de la arboleda impidió el paso y el figoneo de la luz despertadora y la musiquilla del restaño acunó al durmiente más de lo debido. Y ya andaba el día bien metido en resplandores cuando el hombre se des-pelotó y chapuzó en las corrientes aguas. Después de seco, vestido y sin ponerse nada en las tripas, salió cortando y a la busca del caserío de Yécora.

El arroyo Vallarín, medio seco en estos días, sirve de lindero entre las tierras alavesas y las tierras de Navarra. Cielo arriba, los gavilanes barruntan a las palomas que dentro de poco repasarán la sierra de Toloño; por abajo, la viña mitológica, las florecicas que el viento sembró, el cabreo de la rana, el cabeceo de los trigales, el rumor de alguna fuente y el tacón del andariego que marca el paso por la blandura de un caminillo de tierra apisonada que, agarrado con hambre, furia y ganas de llegar, se hace cómodamente y sin sentir.

Yécora, hacia el saliente, está a un paso o así lo parece. A su entrada, un «seiscientos» rojo, recién lavado y con matrícula de Madrid, baja la cuesta del carro despacioso y precavido. Tras él y casi tan despacio, salen el pastor que conduce el hato de cabras comunal, el labrantín que arrea a la yunta y procura los pagos

de la Dehesa y el Romeral, el tractorista que escandaliza la mañana, el que sacó a beber al bestiaje, el viñador que va a echar un ojo a su hacienda, la lavandera que, mientras sí o mientras no, cotillea con la vecina, el chaval que salió a pájaros y las dos o tres personas que esperan el autobús de Logroño.

—¿Dónde podría tomar un café?

—Sigue esta calle y, pasando la fragua, tuerces a la derecha.

Yécora está a media ladera entre la sierra y El Ebro, en terreno ventilado y siempre cuesta arriba. Sus colores son el blanco y el amarillo igual por igual, las calles pinas y empedradas son duras de andar, estrechas, como de pueblo chico y, como de pueblo, llenas de olores rurales, de sonidos que no molestan.

El caminante encuentra la fragua, gracias al ruido que en ella están armando los dos herreros, que parecen cuatro y que acaban de guiarle hacia el bar que se disimula, sin muestras ni letreros que lo indiquen. Allí, caen tres cafés seguidos y sin respirar; el cuarto entra más sosegado y, con la espumilla del quinto en la boca, el andorrero sube la calle hasta desembocar en la plaza en donde se encuentran el ayuntamiento, la iglesia, media docena de acacias, un carro con el varal en alto, el poyetón en donde sentarse a descansar y la mocita diligente que corre a hacer un mandado.

La plaza, que aquí dicen el solar, es una plaza pequeña con casas concertadas en estilo y paisaje. Casas de labradores acomodados, con balconillos al aire y puertas anchurosas, tanto para la hospitalidad que en ellas se ofrezca cuanto para el desahogo y el paso de las caballerías hasta el fondo de las cuadras. El ayuntamiento es chico y grande la iglesia de torre estirada y gentil como un suspiro doncel. A la otra mano del ruedo, un palacio caedizo, de piedra noble y atormentada por la sinrazón de los tiempos y los climas, se engalana con escudos episcopales, balcones y ventanas de diferentes órdenes y estilos y un medallón historiado y más que grande en cuya cartela se lee que en ese caserón nació el ilustrísimo señor don Miguel de Ayala, señor de La Valdavia y de La Pernía, santo varón y obispo de las diócesis de Palencia y Calahorra.

—¿Es usted francés?

—No, señor. ¿Por qué lo dice?

—Como te veo de mochila y mirando el palacio...

El que acaba de hablar es un hombre entrado en tiempos, con la cara curtida por soles de setenta años, alto, delgado, tocado con boina que no se quita nada más que en la iglesia, vistiendo camisa a rayas remendada en la pechera, y que, al oír que el andorrero no es francés, sino un fulano de lo más corriente que se está caminando La Rioja por el gusto de sus luces y sus paisajes, le dice:

—También será por el gusto del vino. Y te advierto que el vino de este pueblo es el mejor de toda la región.

—En todas partes dicen igual...

—Pero lo que yo te digo es la pura verdad. Y si no te lo crees, anda y vente a probarlo.

El viajero acepta. Aunque él no sea madrugador en vinos, la invitación ha sido tan a lo llano que no quiere desairar al hombre que, según le relata, se llama Máximo, tiene media docena larga de nietos, hizo la guerra en el Requeté Alavés, posee una viña de dos obradas y ejerce de bodeguero en la cooperativa de su pueblo. Y con esta charla, suben un callejoncillo orientado al norte y salen a las eras en donde se levanta la bodega, se amontona la mies y unos chavales se revuelcan en la parva.

—Pasa y verás lo que te digo.

Yécora es lugar de clima seco y destemplado, batido por los ocho vientos, en-sortijado de pámpanos, sombreado de frutales, repleto de pan llevar y su iglesia parroquial está puesta bajo la advocación de San Juan Bautista, aunque los santos patronos del pueblo sean Nuestra Señora de Vercijana y San Sixto, papa. Entre las lindes de su término municipal hay dos ermitas, quince olivos, cinco o seis fuentes, cuatrocientos habitantes y un despoblado.

—Prueba y verás.

En la bodega honda, fresca, grande, silenciosa y solitaria, el andariego se sienta en una sillca de anea mientras que el bodeguero trastea y hunde un jarro, como de medio cuartillo, en uno de los ocho o diez depósitos de los que por allí hay.

—A ver qué te parece este...

Nuestra Señora de Vercijana se celebra el día nueve de septiembre, como fiesta de acción de gracias por el final de la cosecha. La otra fiesta, San Sixto, cae el día seis

de agosto y comparte la devoción con San Agapito, mártir, y los santos Justo y Pastor, que fueron médicos y padecieron martirio bajo el emperador Diocleciano. Como San Sixto, que ya se ha dicho que fue papa, es el santo más llamativo del día, fue el que se alzó con el patronazgo del pueblo.

El caminante hocica en el jarrillo y ve que el vino es bueno. Máximo le da otro a probar.

—¿Y este qué?

En el término de Yécora se da de todo. Fruta bien sabida, aceite más bien escaso, vino abundantísimo, hortalizas para el consumo y cereales para guardar y vender. Allí hay ganado lanar y cabrío, bastante caza menor, agua fresca y el sol sale para todos.

El tercer caldo que se cata es de reconocida excelencia y se le festeja como corresponde. El bodeguero, con sonrisilla satisfecha, da un cuarto a probar.

—Ya está bien, que no quiero agarrarla...

—Este vino no emborracha —afirma Máximo convencido y doctoral—, pero tu bebe lo que quieras y del que más te guste que aquí no se le fuerza a nadie. Mira, aquí tengo una raspa de bacalao y con el compañero nos entrará el vino mejor.

Yécora tiene molino harinero, junto al arroyo de Las Pilas, que soporta una larga y sangrienta leyenda de bandoleros y venganzas. El caminante no la recuerda en todos sus términos, pero es algo así como que el molinero, harto de esquilmos y de vejaciones, se llevó por delante a los dos o tres que le robaban y afrentaban. Cuando el juez y la guardia civil tomaron cartas en el asunto, la gente del pueblo, como los villanos de Fuenteovejuna, guardó un silencio del que nada se pudo sacar.

—Pues va a tener usted razón en lo que dice del vino...

—Ya lo creo que la tengo.

Tres arroyos, cuatro con el de Las Pilas, mojan la jurisdicción yecorina: el Valdemoreda, el Valderriniga y el Valdemaciuco; la carretera de Vitoria a Logroño la atraviesa de norte a sur; cien caminos la hilvanan al paisaje; antaño, sobre estas lomas, coloreaban las chapelas de los carlistas. Hay quien jura que las chuletas asadas a la lumbre de los sarmientos es invención de los de aquí, lo mismo que jura que las muchachillas de Yécora son las más majas y alegres de toda La Rioja.

—¿De las tres Riojas?

—Sí, señor. Y de las cuatro si las hubiera.

El viajero, que no bebió mucho, bebió como nunca bebió, no sólo por la calidad de lo ofrecido, sino también por la sosegadora compañía de Máximo que le fue enseñando el compás y la duración del trago, cómo ajustar la respiración al trasegarlo, cómo hacerlo rodar por el paladar y el garguero, limpiarse a punto, elegir la conversación más acorde, descansar cuando así se exige y chuparle, a su tiempo, al cigarro.

En el año del Señor de mil seiscientos sesenta y nueve, su majestad el rey don Carlos II, el Hechizado, dio carta y privilegio de villazgo al caserío de Yécora que, hasta entonces, había sido aldea aneja a la jurisdicción de Laguardia. Dos corregidores por el estado noble y dos alcaldes por la gente del común se elegían el día de la Circuncisión del Señor y prestaban juramento ante el altar mayor de la iglesia parroquial, comprometiéndose en la buena gobernación de sus administrados. No parece que tuvieran mucha labor los susodichos alcaldes y corregidores, ya que la gente yecorina no es mucha, amén de dócil y bienavoluntada, que se dejaba y se deja gobernar sin mayores sobresaltos.

—¿Y ahora, para dónde vas a tirar?

—No sé si bajarme a Viana o dar la vuelta por Santa Cruz de Campezo.

—Yo que tú, me subía a Lapoblación. Desde allá arriba se ve medio mundo sin necesidad de mover ni pie ni pata.

Pasado el mediodía, Máximo y el andariego vuelven a la luz del sol que los encandila, cuando los almireces suenan en todas las cocinas, vuelven los hombres del campo y se oyen las voces de las madres llamando a los chiquillos que se entretuvieron con el juego. El solar es un ascua, sin más sombra que la recogida de las acacias, la luz agresiva, el cielo irresistiblemente azul, el vino se suda de golpe.

—¿Dónde se puede comer en este pueblo?

El «seiscientos» rojo con matrícula de Madrid que se vio esta mañana, al llegar, aparece por una esquina echándose un trotecillo cochinerero y raspando la pared cuando se queda quieto. El andorrero mira para el fulano que lo conduce y, en un alegrón, alza brazos y vocerío.

—¡Juanjo!

—Anda este... ¿Qué haces por aquí?

—Ya ves... ¿Y tú?

—Es que la familia de mi mujer es de este pueblo... Anda y vente a comer con nosotros.

Juanjo es un paisano y amiguete del andariego que se ha venido a pasar las vacaciones a Yécora, en donde lo tratan como a un patriarca. Todas las mujeres de la familia lo cuidan como si fuera un canónigo magistral. Como el Juanjo tiene menos carnes que un telegrama y las mujeres se han empeñado en hacerle engordar, a cada poco, lo forran de jamón, chorizo, chuletilas, chuletones, morcillitas y vino tinto. Lo que hoy se saca a la mesa es una colación de cantar de gesta: caparrones con tocino y magro, morcillas de la localidad con pimientos rojos, mollejas como para repetir y una ensaladita de atún y huevo para desengrasar. Los melocotones en vino tinto hacen de postre y el café de pucherillo veterano pone el punto final.

—¿Y siempre es así?

—Pues esto de hoy no es nada. Si hubieras visto cómo nos pusimos ayer en casa de los primos...

En la sobremesa y cuando el Juanjo se entera de que el caminante piensa subir a Lapoblación, le dice que no se preocupe, que cuando caiga un poco el sol ya lo subirá en el «seiscientos» y que, mientras tanto, le va a leer el poema, que acaba de escribir para la princesa doña Cristina de Noruega, esa que está enterrada en Covarrubias. El caminante, que a lo largo de su conocimiento ya se ha escuchado más de cuatro poemas de los del Juanjo, dice que bueno y se resigna en aras de la amistad y de la convidada.

Se está fresquito y bien en el ancho comedor de la casa de Juanjo, con las cortinas corridas y los cuarterones entornados y, en tanto que ronronean las rimas del poema, al andorrero se le van cerrando los ojos que casi no distinguen la ancha mesa familiar, el sofá de madera con colchoneta de lana acogedora, la estampa de la Virgen que preside la habitación, la lámpara de abalorios de colorines y la litografía del pretendiente, don Carlos VII, quien, con boina roja de borlón dorado en la cresta y chafarote en la cintura, cabalga un caballo blanco sobre la bendición apostólica de Su Santidad Pío IX, entonces, felizmente reinante.

A eso de las seis, cuando por la ventana en donde se refresca el porrón entra un airecillo que medio despabila, el Juanjo con su santa esposa y el andorrero sin pareja salen hacia el norte.

—Aquí estuvo Esquide.

De Esquide sólo queda la memoria. De lo que fuera aldea mínima ya no hay ni sombras ni cimientos. Primero, la peste, luego el arado y más tarde el tractor fueron arrancando piedras y señales de la pobladura, las tierras de labor invadieron el ruedo y a la fontanilla que por aquí hubo se le secaron las aguas de tanto y tanto llorar. El «seiscientos» rojo, temerón y más que prudente, agarra las curvas y las cuestas que lo llevan a Meano.

—Meano ya es de Navarra —explica el Juanjo rascando la caja de cambios al ponerse en segunda—. A Meano también le llaman La Aldea porque lo es de Lapoblación. Lapoblación fue pueblo importante que tuvo jurisdicción sobre los anejos de Monasterio, Peralejos, Santa Cruz y San Andrés que pasaron a mejor vida cuando las pestes del siglo XVII. Si Meano y su cabeza están todavía vivas es gracias a la carretera que abrió la montaña hace cosa de unos cincuenta años, que antes era un mal camino que sólo utilizaban los carboneros que bajaban a Logroño desde el otro lado de la sierra. A ese peñasco de ahí encima le llaman el León Dormido por esa forma que tiene. En todo lo alto del cerro estuvo el castillo que el rey don Juan II de Castilla arrebató a los navarros, después de saquear el pueblo, porque el rey don Juan, aunque se las diera de poeta, cuando se ponía a hacer el bárbaro se quedaba solo; ya viste lo que hizo con don Álvaro de Luna. Bueno, el caso es que, más tarde, Lapoblación volvió a ser de Navarra y sus reyes la dispensaron de pagar fonsadera, cena del rey y censo del monte. La última bandera carlista que ondeó en el aire lo hizo sobre esa peña, el día tres de marzo de mil ochocientos setenta y seis. El brigadier don José Montoya, que los tenía cuadrados, mandaba la guarnición y, cuando vio que le llegaban las últimas, licenció a su gente y él escapó a uña de caballo y a pique de dejarse los sesos por estos arroyaderos. Claro que la buena verdad de la historia es que el último soldado carlista que estuvo ahí en lo alto fue Juancho de Urturi o de Urtari, que yo con esto del euskera no me aclaro. El Juancho era el asistente de don José Montoya, un mozo recio y gran bailador de jotas que se estuvo ahí toda aquella tarde hasta que, amparándose en la noche, se plantó más allá del puerto de Azaceta y luego, emboscándose como un raposo, pasó la muga de Francia y llegó a Limoges, en donde casó con moza gala y puso un puesto de sorbetes. Pero todo esto no son más que historias viejas y ahora lo que vamos a hacer es bajarnos a Bernedo en donde estamos invitados a merendar en el molino de mis primos que nos van a dar unas truchitas fritas con ajo nada más, pues eso de ponerle jamón a las truchas es una aberración culinaria que no

sé a quién diablos se le habrá ocurrido. Anda, vente con nosotros y ya verás qué bien nos lo pasamos. El vino lo ponemos nosotros.

El viajero, cuando su amigo le deja hablar, que ya iba siendo hora, dice que no, que ya está harto de coche, que el camino se ha hecho para andar, que andando se entiende la gente, que la flor del cantueso da su mejor olor a aquel que la roza al paso y todo eso que dice en semejantes ocasiones. El Juanjo dice que bueno, que allá él, que estamos en un país libre y que cada cual es artífice de sus destinos, que en el «seiscientos» no se va tan mal, que las truchas son de antología y el vino, que ya ha probado, ya sabe cómo es. Cuando ve que no le convence, le deja que se apeone, se despide, le da la vuelta al coche, casi se lleva una esquina por delante y tira para Bernedo.

El andariego, vuelto a su compás, prende un cigarrillo, espera a que se le pasen los nervios que le puso la peculiar manera que tiene el Juanjo de conducir su «seiscientos» y, despacito, se va acercando a la plaza del pueblo en donde se queda embobado, sin tiempo y sin memoria, mirando aquel rinconcillo que está lo mismo que estuviera en el siglo de su fundación. La iglesia, chica y exenta, se levanta en el centro de la plaza que forma el palacio hidalgo que enseña sus motes y sus escudos sobre la fachada carcomida y que, al igual que el hospital de peregrinos santiagoistas que le hace rincón, debe de ser del siglo XIII como mucho. Dos casas de labranza se empinan en la cara de enfrente y, asomándose al paisaje, un torrejoncillo de guardia o centinela completa el rodal.

La plaza está sin gente, la iglesia y las casas cerradas a cal y siesta. El silencio sólo se rompe con el zureo de una torcaza que presume de buche sobre el alero de la iglesia; nada más, ni palomos rabones ni pardales revoltosos. Sobre todo aquello, se levanta la pesadumbre de la peña del León Dormido, pelada como el cráneo de un difunto antiguo en sus dos partes más altas. Aquella altura, final del paisaje y de las guerras carlistas, tienta al andariego con la cosa de lo mucho que desde su cumbre se podrá ver, y el hombre, en un repente y sin pensarlo como debía, tira cuesta arriba sin que le asusten los trescientos metros que tiene que ascender por un senderillo de cabras locas.

A rastrapanza, arrescuñadas las manos, desolladas las rodillas, sucio y empapado de sudores corona el andariego la cumbre del cerro. Unos tres cuartos de hora le costó el capricho. Con el corazón en el galillo y las piernas temblonas, se tumba

sobre la piedra y se deja orear por el viento; cuando medio se repone, se levanta y entusiasma su mirada con el panorama ancho y redondo que ante ella se le abre, abarcando desde la Torrecilla en Cameros hasta Salvatierra y desde los cerros de Estella hasta las peñas de Pancorvo. Cuando al rato y a pique de romperse los huesos, el andariego toma tierra en la placita de Lapoblación, un grupillo de hombres y mujeres que salieron a verle le miran entre la curiosidad y la suspicacia.

—¿A santo de qué has subido a la peña?

—Por gusto...

—¡Pues vaya un desocupo! —dice un vejete que descuelga la bota que lleva en bandolera—. Anda, hijo, échate un trago que bien te lo has ganado. Cuando te hemos visto ahí en lo alto, nos pensamos que estabas locote.

El andorrero le da un tiento a la bota y casi la deja corita, se sacude el polvo del pantalón, respira hondo, ofrece tabaco al personal masculino, vuelve a tentar la bota esta vez más comedido, y se entretiene hablando con el vejete que sigue sin creerse que, tan sólo por gusto, se haya pegado la pechugada que se acaba de pegar.

—Muchacho, oye lo que te digo. Los ochenta y tres voy a hacer para Santa Teresa y nunca me dio por estas ocurrencias. Vosotros, los de ahora, hacéis cosas más raras que cenar melón. Nosotros éramos más dóciles y con menos humos en la cabeza y no por falta de fuerza y ganas que yo, de mozo, andaba en lo del carbón y, cuando lo del movimiento, me apunté voluntario a los tercios del Requeté.

—¿Con casi sesenta años?

—Sí, claro. Y por eso me volvieron...

Cuando al andorrero le parece que ya lleva bastante tiempo sentado en el poyetón de enfrente de la iglesia acepta otro trago y se despide del viejecillo que le ve marchar con la pena de quedarse sin conversación. Cuesta abajo y por regular carretera baja el andorrero la lengua corta que le dejará en las casas de Bernedo.

Cambia el paisaje como si fuera de otro autor. Nada más pasar el tajo que le dieron a la peña para meter por él la carretera, el paisaje es otro, mucho más arbolado que el que se asoma a la otra vertiente. El bosque, espeso y aromado, cubre totalmente la ladera, mezcla pinos con hayas, azcarros con chopos y ciruelos silvestres; allí hay árboles para dar y tomar. Buena caza habrá por estos rodales, caza alimañera,

sobre todo zorros, a más puede que no llegue. Al final de la caída, allá abajo, en el valle que forma el curso del río Ega, el pueblo de Bernedo se esponja entre árboles frutales que le entregan sombra y buen olor. A la derecha de la bajada, canta el arroyo de las ranas, el contracanto lo pone el cierzo sobre la arboleda. El caminante no lo goza demasiado, tan cansado va que las molas de las pantorras se le han puesto como puñados de pelusa.

—Mira que soy idiota —se dice para consolarse—. Con lo bien que podría estar ahora, merendando truchas en el molino...

En Lapoblación, aunque el Juanjo no se lo dijera, pues el Juanjo no se sabe todas las historias, nació, hace ya más de cien años, Pachi, el de Etchagorri, que se movió por estos andurriales ganándose la vida con las mañas del abigeato, para el que estaba echo un lince. Sus mañas, oficios y conocimientos, que en la primera guerra carlista puso al servicio de don Carlos María Isidro de Borbón y de su corte en Oñate, le valieron sus buenas peluconas que, acabada la guerra, se jugó al ferrocarril durante los fastos parisinos de Luis Felipe de Orléans, y cuando se las comió la trampa, se enchufó de confidente en la nómina del comisario Javert, ese que sale en «Los Miserables».

—¿Y no era, también, de por aquí, el Miguelito Begorri, aquel que hipnotizaba a los centollos?

—No, hombre. El Miguelito ese donde nació fue en Malpica de Bergantiños, una vez que estaba actuando por allí el circo de su padre.

Al oscurecer, cuando se llega a las primeras esquinas de Bernedo, el andariego está que no puede con su alma, el morral le estorba más que otros días y hasta la boina le incomoda. Por eso, y perdonando la cena, busca acomodo en una alamedilla que se encuentra cerca y allí se apaña de lo poco que necesita para dormir sobre la hierba fresquita, que ni fuerzas le quedaban para andar buscando fonda.

DONDE SE CUENTAN LAS CUITAS DE DON MARTÍN Y LA GUANTADA QUE LE ATIZARON AL ANDORRERO EN OYÓN

EL TÉRMINO MUNICIPAL DE BERNEDO vuelve a ser tierra alavesa. No, riojana no lo es, pues eso sería mucho pedir. Por la sierra de Toloño y el cerro de la Pedrera va la linde interprovincial que da más vueltas que un fulano loco, dibujando sobre planos y mapas esos jeribeques sin más lógica que el capricho, más fundamento que el porque sí y más norma que la real de la gana.

Bernedo es pueblo chico, de unos doscientos habitantes que pernoctan repartidos en cincuenta y tantas casas, la mayoría de piedra y buena presencia. Bernedo se refresca con las corrientes aguas y aparece sombreado por abundantes árboles de fruta. En la jurisdicción de Bernedo nace el río Ega, mismo en la fuente del Soto, cerca de la ermitilla de Nuestra Señora de Ocón, a donde se va de romería a mediados de septiembre, lo mismo que se acostumbra a subir a la ermita de San Tirso cuando está empezando julio.

El andorrero, que ya se levantó sin mayores contratiempos, anda una chispa y se entra en ese bar que se abre al filo de una de las cuatro carreteras de las que dispone el pueblo, justamente, en esa que se piensa seguir esta mañana, para acercarse hasta Santa Cruz de Campezo. El bar, sin más título que el de bar, está bien puesto, casi elegante, limpio, bien surtido y lleno, casi conquistado, por una caterva de chavales y chavalas de preuniversitario que andan por allí y esperan el autobús que les va a

llevar de excursión a Lourdes. Las chavalas, con pantalones vaqueros ajustadillos, las melenas al aire, las blusillas sin mangas y las risas en la boca, se están embau-lando unos bocadillos de jamón que meten miedo. Los chicos también se dan al deporte del diente, pero a estos no los mira el caminante que bastante tiene con el contemplar embobado de estas mozuclas de ojos claros, pelos largos, pieles blancas y buenas chichas que la mañana le puso ante los ojos.

No está malo el café que sirven en Bernedo. Después de tomarlo y con la boca a gusto, el andariego pide un bocadillo del mismo porte que los que devoran las chavalas y lo acompaña con un vasito de tinto que le pone el cuerpo en sus cabales y la cabeza en condiciones para pensar y recordar que Bernedo tiene mando sobre los pueblecillos y territorios de Angostina, Navarrete y Villafría y que, tanto en la cabeza como en los miembros de la jurisdicción, abundan las hierbas de pasto y las curaderas con su potente aroma de estantería de botica. También hay dos o tres molinos harineros junto al río que se nombró, bestezuclas en el bosque, truchas y cangrejos en las aguas, azabache en la sierra, cura en la iglesia y, hace ya muchos años, un señor que fabricaba relojes de torre.

Bernedo, en el recuerdo del andorrero, siempre tendrá un color de verde oscuro con lampazos de sol amarillo cuando los árboles clarean, textura de piedra antigua, maderas negras en los ventanos y sabor a vino tinto y a jamón entreverado.

Las chavalas que esperan el autobús están de aquí te espero. ¡Dios y cómo están las chavalas excursionistas! Hasta parece mentira que estén tan buenísimas como están... ¡Ay, como parece que están!... Hay una que canta jotas y otra que toca la guitarra, capaces de enarbolar el ánimo más deprimido. A la que rasguea la guitarra le dicen Juani, es rubia y tendrá que repetir todo el curso. La que canta jotas se llama Pili y, aunque es morena, no escapará mejor de sus estudios. También es verdad que, entre la Juani y la Pili, se han ligado a todos los chavales del contorno y eso, quieras que no, requiere su tiempo y su desvelo.

—¿Y cuántos son?

—¿Los chavales? Pues vendrán a ser unos veinticinco o treinta, sin contar a ese que es medio marica.

—¿Uno que entierra huevos para ver si crecen los pollos?

—El mismo. ¿Usted lo conoce?

—No; ni ganas. Pero tengo oído hablar de él.

Las otras chavalas cuyos nombres, notas, aptitudes y aficiones se desconocen también hacen lo que pueden en el asunto de los ligues, pero de forma menos exagerada, con menos dedicación de como lo hacen las que ya se mentaron.

Un autocar de cincuenta plazas y radio escandalosa, mediado de chicos y chicas de los mismos pelos y edades de los que están esperando, para a la puerta del bar, entre un vocerío de llamadas y canciones que asustan al colorín que se entrenaba en la copa de un manzano. Los que estaban esperando asaltan el autobús con el barullo y la broma propios del ceremonial y, cuando todos están arriba con sus bártulos e instrumentos, el conductor arrea un bocinazo y el vehículo, soltando pez y niebla, sale zumbando por la carretera de Vitoria.

El bar se queda en calma y la mañana vuelve a su son. El andorrero, que se asomó a la puerta del establecimiento para echar el *último* vistazo a las mozuelas excursionistas, oye cómo el colorín interrumpido insiste en su desgañitada melodía que se acompaña del rumoreo del airecillo entre las ramas de los ciruelos. Luego, tristón, vuelve a la barra, para acabarse el bocadillo, pagar y encender el primero del día.

A espaldas del andariego y desde el hueco de la escalera que baja a los lavabos, un fulano asoma la cabeza, atisba el local y pregunta en voz baja:

—¿Se han ido ya?

—¿Cómo dice?

—Que sí se han ido ya.

—¡Pero, don Martín de mis pecados, qué diablos estáis haciendo en Bernedo!

Don Martín es un viejo amigo del caminante. Otro andorrero que tan pronto sale por los Cerros de Úbeda como está en Las Batuecas; igual se mueve por las llanadas de los Campos Góticos que se purifica en A Lavacolla del Camino de Santiago. El caminante ya se dio con él por alguno de estos rumbos. Pasos a la vez y vinos compartidos han ido hermanando a los dos andariegos que se llenan de alegrías cada vez que se topan por esos mundos de Dios.

—Digo que si se han ido ya...

—Sí, mi señor don Martín, ya se han ido dejando viuda a la mañana, llenándome de melancolías. Pero a vos, don Martín, en qué os va el que se vayan o el que se queden.

—¡Ay, hijo, si yo te contara...!

Y don Martín, mientras acepta un vidrio y unas patatas a la brava, cuenta como sus negocios de hortelano en el cuérnago palentino se le fueron de las manos cuando tuvo un encontronazo con una rubia platino que anunciaba jabones de olor en la tele y que, al verse algo más luego, sin haberes y sin amores, tuvo que sentar plaza de pasante de filosofía en un colegio privado de estos alrededores.

—Y aquí me tienes —prosigue don Martín—. Batallando con estos cafres de ambos sexos a los que, por imposición del padre prefecto, tenía que haber acompañado en su piadosa excursión. Pero, anda y que se apañen como puedan y, si hay suerte, no vuelvan más por aquí...

—Pero, mi señor, las chavalillas que pusieron a vuestro encargo están de lo más apetitosas...

—Calla, hombre, calla y no me las recuerdes que las muy descaradas me traen como a puta por rastrojo. No me dan paz, me acechan por los pasillos, me siguen por las aulas, se meten en mi alcoba, se me adentran en el corazón... Mira, hijo, yo nunca hice votos de castidad, pero ya no sé qué puede ser peor, si morirse sin catarlo o dejarse el sebo de los huesos entre las uñas de esa turba de ninfómanas que me ha caído en suerte...

Ríe el andariego las cuitas de don Martín, paga otra ronda, presta consuelo y da tabaco. Su amigo se apunta a todo, pero, así como sin ganas, como si ya no anduviera por este bajo mundo.

—Dejadlas y veníos conmigo.

—No puedo por más que quiera. Todavía no amortiqué el anticipo y eso que, como a todo me convidan, de dineros no ando mal. De medulas es de lo que ando muy escaso...

—«Medulas que han, gloriosamente, ardido», dicen que dijo o que escribiera don Francisco de Quevedo...

—No niego la gloria, pero la muerte presiento...

Tras un rato más de charla y otras patatas a la brava, el andariego repite su invitación al asfalto y don Martín arguye que ya no está para esos trotes, que tanto desgaste acabó con sus andaduras, que ahora va a echar una cabezadilla en cualquier rincón y que se volverá al pueblo en donde trabaja, en el coche de línea de esta tarde. Un abrazo pone fin al encuentro:

—¡Adiós, don Martín!

Dicen los libros, que ya es decir, que Bernedo fue fundación de los famosos griegos, que los carisios la titularon Velia y que Plinio, el Joven, la situó en la calzada romana que llevaba de Suisatus a Decóbriga. Aulio Agelio y el testimonio de Higinio la dan como focense. Hay quien remonta su fundación a una prehistoria vascona sin que falte quien la remonte muchísimo más atrás. A finales del siglo XII, Sancho el Sabio de Navarra le dio el fuero que se copia en el cartulario que se puede ver, si a uno se lo enseñan, en el archivo de la Cámara de los Comptos de Pamplona. En este fuero se prohíben los juicios por espada y aguas calientes a los que eran muy aficionados los habitantes de estos territorios. En el siglo XIV, don Carlos, de Navarra también, impuso a los naturales la gabela del portazgo contra todo derecho y los vecinos de Bernedo se fueron a quejar ante el rey don Pedro de Castilla, quien tomó la cosa como suya, les sacó la cara e hizo que el navarro se viniese a las buenas, que mucho era don Pedro, el Justiciero, para que le vinieran con chiquitas y negaciones.

Hoy es San Lorenzo, presbítero y mártir; cabo de año de la famosa batalla de San Quintín. Como es de suyo, el día se presenta de lo más caluroso en conmemoración de los tuestes que, en la parrilla, le dieron al santo del día. Todo el mundo sabe que, por estas cosas, Felipe II alzó la maravilla del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Va el caminante recordando estas efemérides. Cuando los árboles, dejado el alfoz de Bernedo, desaparecen de las orillas del asfalto, el bochorno de la entrada mañana se deja notar.

Chiquito de Eizcaray, natural y vecino de Bernedo, sirvió al rey en las guerras contra el moro, cuando lo del desastre de Annual. Chiquito de Eizcaray que tiene zancas de grulla, dándole brío a los calcañares, fue uno de los pocos españoles que escaparon de la quema. El hombre, que todavía se toma su cuartillo de vino sin respirar y que de vez en cuando se sube a Vitoria para estirar el calcetín,

cuenta las que pasó en la posición de Igueriben; al más bragado de sus oyentes se le ponen de corbata.

—Aquello sí que tuvo sus telenguendengues y no lo de Somorrostro, que también me pilló...

La carretera, a la derecha de su marcha, se acompaña con el runrún del arroyo de Valdebarranco, donde salta la rana, se agazapa el cangrejo y el caballito del diablo se tornasola. Huele a triunfo el juncal del arroyo y una mata de ginesta es un bofetón de amarillo para los ojos que la miran. Paisaje cereal, algunas breñas montunas; los zarzales de las cunetas tientan al caminante con el maduro sabor de sus frutillos morados. Silba el mirlo entre las ramas más altas de los álamos blancos, chilla la cigarra fabulista y estival. Huele a polvo recalentado y la carretera se curva graciosa para remontar la cuesta que le impone el Alto de los Cerros.

El viajero, a estas alturas, no sabe si esto que se trae andado es o deja de ser La Rioja Alavesa. Tal vez no lo sea y el andariego, una vez más, haya confundido y brincado sus linderos que, lógicamente, serán las sierras Chiquita y Cerrada cuyas cimas puntean el mediodía. El paisaje es otro que el de ayer. Se ha puesto más montuno, una chispa más bravío, con más concesiones al baldío y al pedregal, más solitario. Pero ya que se va por donde se va, lo mejor es seguir hasta ver como pinta el naípe.

—Eso digo yo. A ver cómo pinta.

Ahora se asoma el caserío de Quintana, rodeado de su chico hortal y colmado por los olores que se resbalan desde el monte de Turrablo. Quintana es pueblo chiquitín, con unas pocas casas de piedra vista y con iglesia pequeña que casi no se ve. Las cincuenta o cien almas de la pobladura vivirán felices —a lo que parece— lejos del mundanal ruido. Las gallinas culonas que toman el sol y picotean la carretera lo hacen sin soliviantos ni tarantantanes. La niña que salta a la comba o la que se peina graciosa a la puerta de su casa, mirándose en un cachito de espejo, tampoco tragarán el polvo que los coches pudieran levantar. La carretera que se trajo es tan desalmada que pocos serán los automovilistas que por ella se aventuren.

El caminante no se entretiene en Quintana. Según sus cuentas, son tres leguas largas las que se tiene que andar para llegar a Santa Cruz de Campezo y, si

pretende comer allí, tendrá que aprisar la andadura. Las chavalillas de Bernedo y la conversación con don Martín le mataron más tiempo del que se pensara y este sol picajoso hace que el paso se acorte bajo la cargazón de los calores.

El cerro del Manzanal, a la derecha, y el del Mojón a la izquierda dicen que el andariego no va descaminado. El paisaje se ha tornado arisco, ojos de gato montés, y los rodales que antes ocupaban las tierras de pan llevar los ocupa ahora la mata cerril y la piedra que aflora. Huele a barranca, unas pocas palomas sobrevuelan por el cielo de subidos añiles y la brisilla que pestaña quisiera venir fresquita. El carril se está poniendo cada vez peor, ya se hizo pedregoso y de asfaltos desportillados.

San Román de Campezo, que ahora asoma, no es casi nada. Unas diez o doce familias que se reparten entre otras tantas casillas diseminadas a lo largo del rabo de la carretera y que se amparan en las faldas de los cerros de la Muela y de ese otro sobre el que pusieron —que ya son ganas de destrozarse en las cuestas— la ermita de San Román. En el pueblo, si es que así se le puede llamar, hay una tabernita clara y alegre y, bajo el emparrado de su puerta, el caminante se sienta un rato para disfrutar de un vinillo ligero que le sirven como la nieve y sin más con que empaparlo. Juega una niña con su muñeca de trapo, un chaval se ensucia de barro, un perrillo de mil leches se entretiene persiguiendo al tábano que zumba sobre el verdor de unas macetas o se alarga un poco más en sus carreras, hasta las púas de los espinos de ahí enfrente. La tabernera se explica:

—Pues no, señor. A Santa Cruz de Campezo no le hay carretera que valga. Lo que si hay es un camino que no es malo, aunque tampoco tiene nada de bueno. Siga usted por aquí y, al final de estas casas, se lo encontrará.

La mujer que da estas señas no es que sea muy habladora. Entre sus labores y las cuatro criaturas de pocos años con que tiene que pelear día tras día, poco tiempo le queda para curiosidades y conversaciones. La casa y la tabernilla las tiene limpias como un pedazo de sol. Las criaturas también se lucen, y ella, que se conoce que todavía no ha renunciado a gustarle a su marido, se presenta curiosa y repelinada como una mocita en tiempo de merecer.

Hoy, amén de San Lorenzo, son los días de los santos Hugo, Orencio y Amadeo y de las santas Filomena, Asteria, Basa y Paula. El sol salió a las siete y se pondrá a las veintiuna, contando por la hora oficial. Luna no hay. La luna, hasta dentro de unos días no iniciará su creciente.

—¿Se quedará usted a comer?

—No, señora, que llevo prisa. Pero ponga usted otro vino que de eso si tengo tiempo sobrado.

El reloj que cuelga de la pared, junto al almanaque en donde se leyó eso de los santos del día y una estampa en colores de Santa María de Codés, va a llegar a la una. El andorrero se levanta, se carga el petate, se llega hasta las casas que le dijeron y agarra un camino que, subiendo y bajando, sale hacia la izquierda, faldeando el cerro de la ermita de San Román. Es un camino endiablado que corre por el monte y con cada peñasco, que destroza pies y botas de quien lo anda distraído. La poca sombra que dan las aulagas y los cambrones, no es muy apetente y, menos, con el zumbido amenazador de las avispas que sobre ellos revolotean. Un alacrán ceboltero, al paso del caminante, corre a esconderse en donde Dios le da a entender. Más adelante, el camino se pone cuesta abajo buscando el arroyo de Izquiza, con más pedruscos que antes, con más baches que nunca, con peores intenciones. Luego se empoza entre las lomas que bajan del cerro de Manchibío y del de la Soila. Pasado el arroyo, se vuelve a subir, no muy suave, aprovechando la vaguadilla que forma el otro arroyejo que por allí se muere.

—¿Esto será Bujanda?

—No, señor. Esto es Corres.

—¿Corres dice usted?

—Sí. Corres. ¿Por qué no va a ser Corres?

—No. Si por mí, que sea lo que Dios quiera. Como si quiere ser París de la Francia. Lo que pasa es que me he confundido de rumbo. Yo me pensaba caer en Santa Cruz de Campezo, para tomar un bocado, pero parece que no he tenido suerte...

—Aquí también comemos o usted qué se cree.

Corres, que en otros documentos se escribe como Portiella de Corres, andará por las cuarenta casas repartidas en dos o tres calles que siempre van cuesta arriba, se vaya como se vaya. En lo más alto del caserío, tras pasar un sembrado de ortigas, está la iglesia minúscula, hoy fuera de servicio y que, hace cien años, contó con tres curas y un sacristán que también ejercía de maestro de escuela, por lo que

devengaba veintitantas fanegas de trigo al año y todo el vino que se bebiera. Las casas son de piedra oscura, tejados con verdines de lluvia abundante. La iglesia es un piñón, con una torrecica chata que es una monería y un Vía Crucis de catorce grabados a una tinta que al andorrero le gustó mucho. Aparte de en su iglesia parroquial, los ochenta cristianos que hay en Corres pueden rezar en las ermitas de San Emeterio, San Saturnino, San Cristóbal y Nuestra Señora de la Peña que es la que pilla más cerca del pueblo. Los habitantes de Corres cultivan las tierras más cercanas al caserío, el resto de la jurisdicción municipal es un puro risco y aquellas gentes prefieren darse a la fabricación del carbón vegetal, las minas de asfalto y a la confección de escobones que bajan a vender a Logroño.

—¿Y dónde se puede tomar un bocado?

—En donde todo el mundo, en la taberna. ¿Dónde si no? Y si vas para allá, pide truchas, que este es su tiempo, y de postre una cuajada con miel.

De Corres se hace memoria, así como de su alcaide y prestamero, en una cédula de don Fernando III, el Santo. Su hijo Alfonso concedió a la villa el mismo fuero que concediera a otras pobladuras de los alrededores. Su nieto don Sancho ni asomó por aquí. Y su biznieto don Fernando IV, el Emplazado, poseyó el castillo de Corres. El alcaide que lo tuvo por su mano fue un águila en cuestiones diplomáticas y se bandeó muy bien entre castellanos, navarros y aragoneses, aunque, según parece, el mayor mérito era el de su santa esposa que, aparte de ser una señora que estaba muy rica, era una maestra repostera que hacía unas hojuelas con miel silvestre que era una pura delicia tanto para el ojo como para el paladar.

—¿Y de vino qué tal andan?

—Poco más que para el gasto y eso que aquí no bebemos mucho. Como usted ve, este terreno es muy movido y hay que tener firme la cabeza para andarlo como se debe.

El andariego, en la taberna, a solas y sin prisas, se comió tres docenas de cangrejos terciadillos, en tanto que le preparaban las tres truchas que se comió de primero, segundo y tercer plato. La cuajada que le recomendaron no la tomó porque, ya se sabe, la miel pica las muelas.

Después de comer, fumarse un par de cigarrillos, descabezar un sueño retrepado en la sillica y pagar lo que le pidieron, que no fue mucho, el andorrero le da otro vistazo al pueblo y al paisaje.

El cerro de Manchibío no deja ver las casas de Marañón, lo mismo que el de la Soledad tapa las de Maeztu y Atauri. Por el contrario, los caseríos de Bujanda y Antoñana se ven muy bien. En Bujanda y en Atauri es en donde están las minas de asfalto.

—Y en los restos de aquel castillo que se ven por allí estuvieron los moros y hay quien dice que en él enterraron un tesoro que nunca se ha encontrado.

El viajero sale de Corres buscando Antoñana. Va por ese caminejo que corona el voladero que se corta a pico sobre el arroyo Izquiz. El camino no tiene nada de bueno y, para andárselo con el tiento que requiere, se echa un buen rato, casi dos horas, hasta llegar a Antoñana que es pueblo vistoso, de casas blancas y muchas aguas. El viajero no lo miró con demasiado detenimiento porque nada más cruzar el puente hizo señas a una camioneta que iba para Santa Cruz de Campezo y el conductor paró.

—¿Para dónde se va?

—Para Logroño. ¿Te vale?

—Sí que me vale. Pues claro que me vale. A un servidor le vale casi todo. Un servidor no es como esos otros que a todo le sacan faltas.

El andorrero se encarama en la cabina de la camioneta antes de que el conductor se pueda arrepentir de su buena disposición, ofrece tabaco para congraciarse con el transportista, cosa que no hace falta, pues Román Garcés es hombre de bondadoso natural e incapaz de dejarse a nadie en la cuneta. Román, que todavía se acuerda de cuando hizo la mili en infantería, sabe lo mal que sienta eso de que le dejen a uno en tierra y con el petate sobre las costillas.

—Lo peor de los viajes es darle al calcañar. Por eso, en cuanto que pude me saqué el carné de conducir.

Baja la camioneta por la nava que forman los cerretes de las Liendres y de Hornillos. Corre que se las pela y, antes de entrar en Santa Cruz de Campezo, mismo pasar la fábrica de harinas, cambia de carretera y rumbo para remontar el curso del Ega y buscar el poblado de Genevilla que se ampara de los vientos recostándose en el regazo de la sierra Chiquita.

En el monasterio de San Julián de Piédrola se reunían las gentes de Santa Cruz de Campezo para elegir a sus corregidores. Enrique II, el Bastardo, que no era muy

demócrata que digamos, dio al conde de Orgaz el señorío del pueblo y sus terrenos. En la iglesia parroquial, que tiene título de colegiata, se conserva la cabeza de una de las once mil vírgenes —si es que fueron tantas— y algunas otras reliquias de santos de mayor fuste y con mayor devoción en las tierras de La Rioja.

—No, hombre —dice Román—, esto no es La Rioja. La Rioja está más hacia el sur, en cuanto que se pasa la divisoria. ¿De dónde te sacas tú que haya tantas piedras en La Rioja? ¡Pues anda que no es chica la diferencia! La Rioja es una tierra blanda y esto es más duro que el pie de San Pedro. Bonito sí que es o, por lo menos, a mí me gusta, con tanta agua como la que aquí corre y con estos aires que huelen a gloria, pero duro, vaya que si lo es, que aquí, la gente se tiene que deslomar para sacar un puño de grano.

Pasado Cabredo, la carretera se ciñe al relieve dando más vueltas que un molinillo. El paisaje, al llegar al Portichuelo, entre el cerro del Corral y Peña Ochanda, se estrecha en el silbido de un desfiladero para, enseguida, ganar las cuestas de las sierras de Codés. Aguilar de Codés, pueblo grande, de romántico nombrar y del que no se sabe nada, se queda a un lado de este camino agrario y revuelto que no parece inquietar a Román.

—¿No iremos muy de prisa?

—No te preocupes que me sé la carretera de memoria. Con las veces que he pasado por aquí, me sé cada curva y cada mata...

El arroyo de Codés se hermana con el de Valdenuevas y con el de las Novillas para formar el de Valdeares que, poco después, se bebe el de la Aguadera. Los barrancos del Arenal y del Vallondo también se mueven por estas andurrias y un poquitillo más allá lo hacen los arroyos de Labraza y de Lapedrezuela. Las fuentes de la Peña y de la Carbonera refrescan lo que pueden. Con aguas tan abundantes, las lomas y los lomerines que forman tantas vaguadillas y cárcavas se empiezan a llenar de viñas y el monte bajo se bate en retirada ante el acoso de las tierras de labor. Al fondo del panorama, recortándose contra el limpio cielo del sur, las torres de Viana, altas y garridas, se empinan y se doran con el atardecer.

—Si no te importa, me dejas en Viana.

—Vale.

Para la camioneta en la anchurosa carretera que se curva bajo la villa navarra y el andariego se baja al asfalto, se despide de Román Garcés y no le dice nada de tomarse una copa porque donde paró la camioneta no hay tasca ni cafetín en donde refrescarse.

—No vale la pena. Logroño queda a un paso y el vino de Logroño es el mejor de toda la comarca.

—Esa es la cantinela que repiten los de cada pueblo de por aquí.

—Y puede que tengan razón. Lo que pasa es que, como Logroño es más grande, siempre hay más variación.

El viajero se echa el macuto al hombro y remonta la costanilla que le lleva a Viana, pueblo famoso en donde los haya, pueblo de antigua historia, de ilustres linajes y de mejor ver que llegar, porque llegar cuesta lo suyo de tanto dar vueltas alrededor, primero, del cerro donde se encima, luego, de la ciudad que se presenta cerrada por los espaldares de las casas y por algunos lienzos de la vieja muralla.

Vuelven los labrantines de su labor de agostos, algún que otro cochecillo sube o baja la cuesta, pero sin molestar demasiado. La tarde está tranquila, sosegadora de ánimos y las golondrinas vuelan de acá para allá buscando los nidos del anochecer.

Hay quien dice que Viana es la Treviana celtibera. El maestro Argáiz la hace derivar del templo que, supuestamente, allí se levantó, por los romanos, a Diana cazadora. El ilustrado don Jerónimo Cortés opina que fue el Pinetum o Vinetum de la calzada romana, pero todo lo dicho está, fuera, tanto de prueba como de refutación.

—Es que los historiadores locales, cuando se trata de añadir glorias y palmoteos a sus lugares de origen, no se paran en barras. Fíjese usted que hasta dicen que en Viana nació Boris Vian...

Nada más traspasar las puertas de la ciudad, entre un arquillo plateresco, el abrevadero del ganado y un carro con el varal en alto, el viajero se topa con el Club Borgia, establecimiento al que no pasa, más que por el nombre, porque no le parece muy correcto que ciudad tan antigua tenga, un chiringuito tan modernoso. El viajero sigue su andar y, al poco, llega a la plaza del ayuntamiento o de Santa María, en donde está la única parroquia del pueblo desde que la de San Pedro se vino abajo. La plaza, que no es muy grande, se encuentra más ahogada por el monumento

que recuerda a los soldados italianos que se dejaron los huesos aquí, cuando lo de la guerra civil española.

—Si se hubieran quedado en su casa...

—Ya sabes eso de que a la fuerza ahorcan...

Delante de la otra fachada de la parroquia, en el terradillo de baldosas de piedra, enterrados en el santo suelo y bajo la lluvia y el sol, se pudren los despojos de otro milite italiano. Así lo reza en la lápida: «Aquí yace César Borgia, duque de Valentinois, muerto en el campo de Viana».

—Sí, señor. El mismítico don César Borgia. ¿Usted qué se creía? Aquí, al pie de la muralla, lo despenaron, después de dar más guerra que Perico por la mar, en aquella guerra de los beamonteses y los agremonteses, que, por cierto, es un lío que nunca me aprendí muy bien. Lo que son las cosas. Después de librarse del veneno de Roma y de escaparse del castillo de Medina del Campo, el hombre vino a dejarse el alma en estas tierras que no le tocaban nada. Primero, lo enterraron en la iglesia, ante el altar mayor, como si fuera hijo de reyes, hasta que el cabildo, que entonces tendría sus treinta o cuarenta beneficiados, dijo que qué coño pintaba el tal César en semejante lugar y, entonces, se lo llevaron a enterrar al portal del ayuntamiento, hasta que los concejales dijeron lo mismo que habían dicho los curas y, por buenas componendas, lo dejaron en donde ahora está, para que nadie protestara.

El maestro barbero sigue enjabonando la cara del caminante sin meter la lengua en el paladar.

—Y me figuro que usted conocerá la historia de don Carlos, el desgraciado príncipe de Viana...

—Algo de eso oí contar —responde el viajero—, que con la navaja rozándole el gaznate, no se atreve a llevarle la contraria a nadie.

El andariego, que lucía una barba de cuatro jornadas, en cuanto que se tomó un cafelito con hielo en el primer bar respetable con que se encontró, se pasó a la barbería del maestro Ezequiel, allí, en el soportal, para que le quitasen aquellas lanas y le dieran masaje de olor. El maestro barbero, con poco tajo y muchas ganas de pegar la hebra, se lió a contar las muchas historias que se sabía de su pueblo y, jabón va y navaja viene, fue dejando al andariego más bonito que un San Luis.

—Y, en el siglo XII, el rey don Sancho de Navarra fundó esta ilustre ciudad. El rey don Teobaldo aumentó los privilegios y las libertades de sus naturales, cosa que también hicieron el rey Enrique, el castellano, y la reina doña Blanca, y, más tarde, la reina Juana, la de los cabellos de oro. Mucha gente noble hizo solar en Viana, mucha gente de esa que sale en los libros y, de esta manera, Viana prosperó y fue cuna de reyes y sede de sus consejos.

Cuando al andariego le dejaron levantarse del sillón, descansó un poco y pidió permiso para cambiarse de camisa en donde buenamente se lo permitieran y no escandalizase al personal mostrando sus desnudeces. Como su escucha y buen conformar habían caído bien al maestro Ezequiel:

—Éntrate en el corral. Ahí tengo un buen pilón en el que te puedes chapuzar sin pena.

El caminante, bien afeitadito, bien fregoteado, con la muda limpia y enterado de que el rey don Enrique IV, el Calumniado, ocupó Viana; de que el caballero don Ortuño de Toledo taló, por afán de guerras, nueve mil peonadas de viñas y frutales en los términos de su jurisdicción; de que perdida la ciudad por los castellanos pasó a manos de los navarros hasta que la volvieron a perder y de que el general carlista don Tomás de Zumalacárregui la tomó al asalto para saquearla y, a renglón seguido, abandonarla a su dolor, se echa a la calle con la cabeza como un bombo de tanto acopio de noticias históricas. Como no sabe para dónde tirar y, además, le da lo mismo un sitio que otro, anda según lo hace el viento que viene de poniente.

La plaza mayor de Viana es un cacho de plaza, se mire como se mire, tanto que casi pierde su hermosura, la que le ponen las casas hidalgas y los viejos palacios que la rodean. En esta plaza se celebraron luminarias, justas y torneos caballerescos, los paladines se zurraban la badana en tan anchuroso lugar. Ahora cuando llega el día de Santiago, se celebran medianejas corridas de novillos toros y, en todo tiempo, el paseo dominguero de la población. El andariego contempla la plaza de Viana y, aunque le gusta, se aburre un poco y se va de allí en dirección contraria a la que le trajo.

La princesa doña Leonor era rubia y tenía el alma bondadosa, un confesor de la orden dominicana y dos lebreles que eran una preciosidad. Así se ve en los códices de su época. De dineros no andaba muy bien, que tantas guerras sostenidas sin lucro ni esperanza acaban con los haberes más saneados. Pero a falta de doblas y carlinas, pudo conceder mercado franco a Viana, los miércoles, además del que ya gozaba los lunes. Los cuarenta y tantos judíos que entonces formaban la aljama de

la ciudad abrían tienda en el ruedo de esta plaza. Entre ellos estaba Isaac de Peñafiel, que comerciaba con brocateles y cristales venecianos y era hombre piadoso en las relaciones con su Dios, caritativo con las gentes de su credo y honesto en sus tratos con los gentiles. Isaac de Peñafiel vivió hasta cerca de los noventa años y bien pudo ser uno de aquellos siete justos de que habla la leyenda talmúdica.

La calle que lleva hasta el barrio de San Pedro, el Viejo, en el otro pico del pueblo, es una calle preciosa, que el andariego pasea encantado por sus estrechuras, sus aleros exageradamente saledizos, sus balconajes corridos, la piedra ennegrecida de las fachadas, las flores de sus ventanos, la paz que allí se respira y la dedada de miel que el sol poniente deja en los cristales y en los canalones. Poca o ninguna gente se mueve por la calle y, andando andando, se llega en un espacio a lo que, tal vez, fuera patio de armas del castillo que ya no se ve por ninguna parte, aunque tampoco hace mucha falta, ya que quien hasta aquí se llega tiene bastante con acodarse en la barbacanilla que se abre sobre el campo riojano y entusiasmarse con la belleza del paisaje que desde ella se enseña. Sobre la plaza de armas, si es que esto fuera tal cosa, la torre rajada de la iglesia de San Pedro muestra su rosetón ojival y corona su frente sin campanas con un bando de palomas alegradoras.

La luz se está volviendo azul y el andariego se da la vuelta por otra calle que se le abrió. Yendo por ella advierte, a su derecha, las ruinas de la iglesia de San Pedro que se le presentan como unas ruinas muy poco ruinosas. Alguien, acaso el arquitecto municipal, que tuvo el gusto de salvar todo lo que se pudiera, convirtió las naves de la iglesia caída en un paseo dulce y recoleto, sombrío y evocador; taló las columnas a conveniente altura, las transformó en asientos, puso unas hiedras de adorno, arregló un par de hornacinas, respetó ventanas y parteluces y el resultado fue este recinto recogido, amable, suntuoso y casi monacal en donde cualquiera puede sentirse fresquito en el verano y pasarse allí las horas leyendo una novela policíaca.

Una señorita tirando a monilla, aproximadamente de la misma quinta del andorrero y con zapato de tacón, se conoce que también ha pensado en lo de la novela y aprovecha las últimas luces de la tarde para tragarse el libro cuyo título procura leer, sin conseguirlo, el andariego que frente a la señorita se sentó.

La verdad es que la luz morosa de la tarde, el recinto conventual, los manteles de hiedra sobre las columnas truncadas, la manera de ser del andariego y una

muchacha solitaria leyendo un libro forman una estampa tan romántica, que el viajero se pone a figurar que la muchachita estará triste, malherida de ausencias amorosas y, esta tarde, antes de venir aquí habrá escrito una larga carta y soñado al novio lejano. Después, cuando asomen las estrellas, buscará la más alta, la más brillante y, en silencio, le rezará la oración de los enamorados melancólicos.

El andorrero piensa e imagina cuanto lleva dicho, tal vez lo adorne un poco más de lo que ahora dice, pero mientras tanto y para no perderse lo que se le está ofreciendo, deja enredar su mirada en la espuma insinuante de las puntillas que asoman bajo la falda de la muchacha.

—¿Qué leche miras con esa cara de bobo?

—El libro que estás leyendo.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Qué quieres que mire?

La señorita alarga el libro y el andariego lee, medio espantado, una cosa que en extranjero, viene a decir, así como «*The Atomic Weapons*».

—¡Qué lecturas!

—¿Pasa algo?

—No. Nada. No pasa nada. Lo que pasa es que yo me había figurado que estabas leyendo un libro de versos —el andorrero trata de pegar la conversación—. A mí es que los versos me gustan mucho. ¿Sabes? Mira, te voy a decir unos muy bonitos que me sé de memoria... «Habiéndome robado el albedrío un amor tan infausto como el mío...»

—Toma, corta el rollo.

Y la muchacha saca del bolso un paquete de «Ducados» que le acerca al andorrero.

—Bueno, hija, como tú quieras, pero los versos son muy bonitos... ¿Tú de qué vas?

—De profesora de Física y Química, en Pamplona.

—¿Y te cepillas a muchos?

—Ahora no. Ahora estoy de vacaciones. ¿Tomamos un vino?

—Lo que se diga...

Cuando la muchacha se quita las gafas y se levanta, el andariego ve, con cierto disgusto, que la chavala le saca más de la cabeza. No es que las chicas altas no le caigan bien, al andorrero le caen bien todas las chavalas, sean cuales sean sus alzadas y pelajes, pero para así, para ligar con ellas, las prefiere de menor cuantía, más manejables y piensa que como este cacho de chavala se le desmande no va a haber cristiano que la vuelva al redil. El hombre echa a andar al lado de la moza y, mirando para arriba, sale a los atrasos del pueblo.

—¿Dónde nos tomamos el vino?

—Igual en Oyón, que aquí la gente es muy parladora. El coche lo tengo aparcado ahí, más allá.

La mozancona arranca su «seiscientos» a bocados, suelta un par de pecados y luego, por mano contraria y a toda pastilla, sale pegando tirones por la cuesta de Viana. Se le cala el coche, lo arranca en tercera, se echa encima de unas pacíficas mulas que jadean buscando la querencia de la cuadra, el coche da un volantazo que casi lo escora en la cuneta, lo endereza de nuevo y hace una maniobra tan temeraria que le pondría los pelos de punta al yelmo de Mambrino.

—¿Tú estás segura de que tienes carné de conducir?

—¡Qué chorradas se te ocurren!

El andariego no replica. El andariego va tan acojonadete con la envergadura de la moza y su forma tan descarada de conducir un coche que no se atreve a decir ni mus. Esto de darse, así como así, con una chavalona que suelta tacos, fuma negro y explica física y química nunca entró en las cuentas del caminante que ahora, no sabe cómo reaccionar. La conductora sigue pisando el acelerador, se salta un par de prohibiciones circulatorias, suelta el volante para encender un cigarro y entra en el empalme que lleva a Oyón patinando sobre dos ruedas.

—¿Por qué no llevas más calma?

—¡Vaya un tío cagón!

El andorrero prefiere callarse. La chavala que le ha caído en suerte le está poniendo nervioso con tantas palabrotas y tantas velocidades. El andariego, que para eso del trato con las chavalas siempre se las dio de trovador galaico portugués, no se acomoda con lo que se le vino encima. Con lo bonito que sería ponerse lírico con una chica tan mona, pero, por si fuera poco, el frenazo que pega el «seiscientos» al llegar a la puerta del cafetín que se busca echa al caminante con la boca contra el parabrisas.

—Aquí pagamos a medias —ordena la zagala—. Y no te me pongas machista que a mí no me va.

—Bueno, hija, como tú quieras, que yo, para eso de pagar, no tengo mayores prejuicios.

El barecillo en donde se meten está oscurito y acogedor. Sólo hay un camarero y una pareja que se mete mano en un rincón. El viajero y la licenciada en ciencias físicas se instalan en lo más apartado y piden una botellita de tintorro con unos tacos de jamón que desaparecen en un dos por tres. A la segunda botella y al chorizo que la acompaña le pasa lo mismo y, nada más servirles la tercera, la moza se arrima al caminante.

—Venga, haz algo.

—Como no te agaches...

La muchacha se agachó, que lo estaba deseando, y a partir de entonces el andorrero estuvo tan ocupado que perdió las cuentas del jamón que se comió y del vino que se metió en el cuerpo. La licenciada en ciencias era así de exigente y casi tan fogosa como una doncella de cantar de amigo.

—Sigue, hombre...

—Déjame respirar...

A eso de la media madrugada y con unas cuantas botellas repartidas entrambos estómagos, aunque el andariego podría jurar que la moza bebió el doble que él, el camarero empezó a decir que ya iba siendo hora de cerrar y que, para hacer lo que estaban haciendo, que se fueran a la calle que estaba muy sola.

—Vámonos a Viana.

—No, hija, yo me quedo aquí. Vete tú si quieres. No es por nada, pero tú llevas mucho vino en el tiesto, la noche está muy oscura y a mí no me gusta cómo te enseñaron a conducir.

La zagala, que está, que no se tiene, se revuelve, agarra al viajero de la pechera y le grita:

—¡Tú te vienes conmigo!

—¡Y una poca leche...!

La moza, con el decir, agarra un cabreo de campanario, suelta un puñado de palabrotas y le pega al andariego una bofetada de cuello vuelto que lo estampa contra la pared.

—¡Su padre! ¡Y qué manera de señalar!

Luego, cegarruta perdida pues ni se pone los lentes, se mete en el «seiscientos» a puñados, lo arranca a su modo y manera, le pega un rasponazo a la primera esquina y sale arreando carretera adelante sin acordarse de encender las luces.

DONDE EL ANDORRERO SE PASEA POR LOGROÑO ANTES DE VOLVER A MADRID

PASÓ LO POCO QUE LE QUEDABA a la noche y, al ratillo de clarear, pasó por allí el señor cura de Oyón, pero como el reverendo anda un poco mal de la vista y, además, los curas de ahora son menos meticones que los de antes, no se fijó mucho en el bulto que hacia el andorrero sobre el banzo de la cochera donde se quedó después de la batalla. Más tarde pasó el practicante que, con la prisa que siempre lleva el fulano, tampoco se percató del bulto y allí se hubiera quedado el caminante si no llega a ser por una buena mujer que, hechas las camas y barrida su puerta cruzó buscando una tienda abierta en la que apañarse el pan del desayuno.

—Oiga usted, buen hombre. ¿Es que se ha puesto usted malo?

—¿Cómo dice?

El andariego abrió un poco los ojos que tenía como magnolias, se palpó el carrillo en donde le estamparon el bofetón, se desentumeció las carnes frías por el relente de la madrugada y medio incorporándose del escalón en donde pasó el rato se disculpó con sus mejores maneras:

—Pues no, señora, pasarme no me pasa nada, que a Dios gracias tengo una salud capaz de aguantar los mayores estropicios. Lo que pasa es que me había recostado aquí para descansar una miaja.

—Pues ya podía haber buscado sitio más blando.

La señora, calmada su conciencia, se va a lo suyo y el andariego abre una boca de a cuarta, se estira todo lo que da de sí, se arranca de la incomodidad de su lecho y se acerca al pilón que hay en una esquina. Mete la cabeza en el agua, la deja escurrir y se seca con la boina. La mojadura le favorece y, algo más conforme con su cuerpo y con el mundo que le rodea, busca lugar apropiado en donde cambiarles el agua a las aceitunas y donde, puestos a pedir, tomar ese café que ya viene necesitando.

—Y mejor si son dos.

El andariego entra en el chiringuito en donde estuvo anoche con la licenciada en ciencias físicas y, medio derrumbado sobre el mostrador, pide al camarero lo que le apetece.

—Vaya un verde que te pegaste anoche con la Paqui...

—¿La conoces?

—Sí. Viene mucho por aquí. En cuanto que pesca a un tío, para acá se lo trae, se forran de vino y lo que caiga y después acaban según y conforme. ¿Cómo acabasteis anoche?

—A guantazos.

—Sí. Eso es lo más corriente. La Paqui tiene muy mala bebida...

El caminante se toma sus dos o tres cafés en tanto que el camarero le da conversación, noticias de la Paqui y le deja que se recueste en uno de aquellos cómodos divanes que otras horas conocieron. Cuando el viajero prende el primer cigarrillo de la mañana, siente cómo se apersona, aunque todavía se resiente de la galleta que le atizaron anoche.

El caminante tiene poco que contar de Oyón, su cansancio no le dejó moverse por aquellas calles ni conocer a aquellas gentes. Supone que, como en todos estos pueblos, los navarros, castellanos y aragoneses se tirarían los trastos a la cabeza hasta que don Enrique IV, el Liberal, acabó llevándose el gato al agua y el dominio de aquellas andurrias. Los carlistas y los liberales también anduvieron a la greña por estos pagos. Oyón tiene unas estupendas bodegas, amplia tierra de secano, alguna huerta chiquita y una iglesia grande y bien compuesta. En cuanto a su vino...

—Sí, ya lo sé. El vino de Oyón es el mejor de toda La Rioja.

—Es que hay que decirlo que tú no sabes lo dura que se ha puesto la competencia.

En Labraza, que es pueblito cercano a Oyón, hay un retablo precioso en la iglesia parroquial. En Moreda de Álava, también cercano, como es pobladura más chica, no tienen un retablo de tanto merecer.

—¿Y en Barriobusto?

—En Barriobusto, no sé. A Barriobusto no he subido nunca pues la carretera es muy mala y yo tengo el «seiscientos» muy mal calzado.

El andariego que, poco a poco se fue dejando escurrir sobre el diván, acaba tumbándose sin disimulos, se traspone una miaja y sueña que está en pelota viva, amarrado a un árbol y rodeado de quince o veinte licenciadas en ciencias físicas que se lo están jugando a los chinos. Cuando ve que la favorecida en el sorteo ha sido la Paqui que le cayó anoche, se pega tal susto que se despierta con la boca seca y empapado de sudor.

—Dame otro café, que no sé qué me pasa...

De Oyón a Logroño hay una legua mal contada y toda ella cuesta abajo. En Logroño, piensa el viajero, puede agarrarse un tren o tomar algún autobús y bajarse a los Madriles. El andorrero cuenta los cuartos que le quedan y ve que son más de los que se esperaba.

—¿Quién pagó anoche?

—La Paqui. La Paqui será más bestia que un arado, pero chulearse nunca se chulea a nadie.

El reloj de pesas que se luce en un rincón del cafetín señala un poco menos de las diez. Buena hora para echarse al camino. En Oyón, que está en un hoyo y sin nada que lo cobije, el sol se cae a pedazos sobre el caserío, sobre las calles y los pocos cristianos que por ellas se mueven. Un camión cargado de gaseosas y sifones descarga su mercancía a las puertas del bar; un motorista tocado con un casco de marciano pintado de azul eléctrico entra en el chiringuito para refrescarse; unos chavales juegan junto al pilón; una zagalilla veinteañera pasa como una maravilla, como una estrella fugaz, como un don del cielo. Oyón, aunque chico, crecerá. El andariego piensa que, entre lo animoso que es su paisanaje y la situación geográfica

que le tocó al pueblo, Oyón va a pegar un estirón que le acabará estropeando sus tranquilidades. El caminante, cuando va por estos pensamientos, ya se mueve por la carretera, bajo la sombrilla de los árboles que en ella se levantan. Un peón caminero, tocado con boina roja, limpia la greñura de las cunetas.

—Buenos días.

—Vaya usted con Dios.

El caminante está cansado y eso que no ha hecho más que empezar la jornada; noches y beborreos como los que ayer se le presentaron ya no son para él. El andorrero no es que esté para sopicas y buen vino, pero tampoco está para demasiados desenfrenos. Cantan las chicharras, no se mueve pelo de aire y, en el empalme de la carretera que va de Logroño a Pamplona, los motoristas de la benemérita procuran que ningún automovilista con prisas se despiste y se brinque la señal de «ceda el paso» que allí colocó el ministerio correspondiente. Como el caminante va a su paso y por la cuneta de la izquierda, según las instrucciones en uso, los motoristas de la guardia civil no le dicen nada, ni siquiera reparan en él.

Se ha espesado la arboleda y la cuesta abajo se ha pronunciado un poco más. La casilla de los peones camineros se queda a la derecha y, traspasada la última de las curvas, se ven, allá abajo, las casas altas de la capital que casi ocultan las torres de Logroño.

El andariego cruza El Ebro por el puente de piedra. Aguas arriba está el puente de hierro. Logroño, como Zamora, como Palencia, como cualquier ciudad que se tenga en algo, tiene un puente de piedra blanca, el más viejo, y un puente de hierro que se tendió en los finales del siglo pasado. El río baja con menos aguas de las que acostumbra, pero claras, musicales, un tanto domésticas. El Ebro cuando pasa por los pueblos, se presenta como río bien educado. Lástima que en sus orillas no canten las lavanderas, ni se tiña con el añil del azulete ni se blanquee con las sábanas puestas a secar.

—Con esto de las lavadoras automáticas...

—Sí, señor. Las cosas del progreso y la sociedad de consumo...

El andariego dobla, junto a las paredes del hospital civil, por la avenida de Navarra, sube hasta el Muro, traspasa la glorieta y por una calle cuyo nombre no se sabe se llega al paseo del Espolón, que es en donde han puesto una estatua ecuestre del

general Espartero. El caballo que don Baldomero monta en Logroño los tiene más chicos que el que cabalga en la esquina de la calle de Velázquez, en Madrid, pero eso no quita para que la estatua tenga un buen parecer y adorne lo suyo en el paseo del Espolón.

El viajero, en un puestecillo que se encontró, se compró el periódico provincial, «La Nueva Rioja», y se entera de lo que ponen esta noche en el Teatro Bretón, de lo que ofrece la corsetería de «La Sirena» y de los resultados de los partidos de fútbol de tercera regional. Ve que tampoco se dice nada de ningún accidente que hubiera podido haber habido esta noche en la carretera de Viana. Se conoce que la Paquita está muy hecha a conducir, trompa perdida, por estos andurriales.

—No te preocupes, que a esa no hay rayo que la parta.

—Es que, aunque tú no te lo creas, le he cogido un poco de cariño...

El paseo del Espolón logroñés es un paseo que está muy bien puesto y tirando a grande. Tiene de todo, arbolillos, bancos, flores, kiosco de refrescos, palomas, jubilados, guardias municipales y chachas y mamás que sacaron a sus críos a la intemperie para que se desfogaran un poco. Mientras los guardias municipales miran de poner alguna multa a los coches mal aparcados, los jubilados meditan y rememoran los buenos tiempos que nunca volverán y, mientras las palomas ensucian la chaqueta de algún paseante desprevenido, los niños se rebozan en la tierra de los jardincillos, se hacen pipí en los pantalones, se atragantan con los chupachús y se ponen hechos tal basura que malditas las ganas que dan de contemplarlos. El caminante, cuando acaba con el periódico, se larga del Espolón, pues aunque las criaditas y las mamás bien merecen alguna miradilla no tiene interés en torrarse al sol. Por una de aquellas calles pasa junto al mercado y llega a un sitio que le llaman Portales cuando el reloj del Ayuntamiento, con todo su lujo de campanillas, da las doce, buena hora para tomarse un blanco.

En Portales, zona comercial en la que hay hasta una librería, y frente a la plaza de la Redonda, el viajero se sienta a una de las mesas que sacaron al soportal los del bar de Los Leones, pide un blanco con unas aceitunillas rellenas y mira hacia la iglesia que frente a él se levanta.

Dicen que esta iglesia es la catedral de Logroño, cosa que no es del todo verdad ya que Logroño no tiene catedral; su diócesis se la reparten entre Calahorra y Santo Domingo de la Calzada. El viajero no puede contar nada de Calahorra porque la

única vez que pasó por allí era más noche que un ramal. En Santo Domingo de la Calzada, aparte de la gallina de la leyenda milagreira y del puente que el santo tendió sobre el río Oja, hay una tasca para camioneros de buen diente y gentes del común que no anden mal de apetito, en donde el andariego se comió, la vez que allí estuvo, tres platos de pochas con rabo de toro que recordará mientras viva.

El andorrero, que ya miró bastante la iglesia de la Redonda, se entretiene figando a la gente de su alrededor. En la mesa que tiene al lado, un señor, vestido de blanco, desde los zapatos al sombrero, toma un vermú con anchoas y dispone de una cara de aburrimiento que tira para atrás. En otra mesa, otro señor, más bien de oscuro, lee «La Estafeta Literaria» y toma café. En la mesa de más allá, una señora enseña lo que la honestidad le permite y deja ver su vestido de colores estampados, bebe un cubalibre y le pega cada chupada al cigarrillo rubio que el humo le llega a los pies. Más allá, un cura lee el breviario y más allá, dos tipos gordos y coloradetes se inflan de cerveza con langostinos y rugen de satisfacción y alegría cada vez que pasa por la acera una chavala. Los tipos gordos son dos agricultores de Nájera que vinieron a la Capital para comprarse un tractor de segunda mano y, ahora, celebran el alboroque. El cura es paisano de don Manuel Bretón de los Herreros. La señora está casada con el apoderado de un banco y espera a que su marido salga de trabajar para ir a darse un chapuzón en la piscina. El que lee «La Estafeta Literaria» es un poeta social, que vive en Zaragoza, pero que está de paso por Logroño para recoger el premio que le han dado en unos juegos florales. El señor de blanco es un pensionista de la administración local que no es que esté aburrido, sino que la cara se le puso así después de los muchos años que se pasó en el negociado municipal de cuentas corrientes y contribuciones del ayuntamiento de Navarrete.

Pasa una chavala que está como un tren y los rugidos de los hermanos najerinos alcanzan una cota inaguantable.

El andariego, cuando acaba con su vasito, le pregunta al camarero que dónde se puede comer por lo barato y, cuando se lo indican, se va para esa tasca que está en la calle que baja buscando la orilla del río, a mano derecha. Una tasca limpia y penumbrosa en donde el andariego se embodegó una ración de cabrito asado que le dejó más satisfecho que a un príncipe de sangre en una ciudad sometida. Cuando acabó y para dejar la mesa libre, se fue, despacito y por la sombra, en busca de la Gran Vía, donde se metió en una cafetería muy elegante, con muchos espejos, buenos sillones y bien refrigerada.

—Deme un café doble con hielo.

—Eso es lo mejor para estas horas.

El andorrero no desentonaba mucho en la tal cafetería, pues todavía, le duraba el afeitado de ayer y el macuto se lo había dejado en el bar de Los Leones, al camarero viejo, que es un tío muy servicial, simpático y dispuesto a hacer un favor al primero que se presente.

—Para eso estamos. ¿Verdad, usted?

—Sí, señor, para eso estamos. Y si todo el mundo hiciera lo mismo, mejor nos marcharían las cosas.

—Y no se habría inventado lo de la atómica.

En la cafetería donde sesteaba el andariego no hay casi nadie a estas horas. Solo un señor que lee el «Ya» y, de vez en cuando, echa sus cuentas en una libretilla, y otro más joven que lee el «Marca». Parte de los capitalinos estarán durmiendo la siesta y los otros, en su mayoría, andarán por esas oficinas, comercios y talleres doblando los riñones como unos desgraciados que ya consumieron o no disfrutaron todavía sus vacaciones estivales. El viajero compadece a estos honrados trabajadores y piensa, con la natural alegría, que él, hasta los finales de mes, no tendrá que dar el callo. Esto de las vacaciones, piensa el andorrero, es un buen asunto; lo malo es que a quien las descubrió se le quedó un poquillo corto el invento. Según ha dicho la radio local, los termómetros de Logroño están en la raya de los treinta y cinco.

—Pues en Madrid están rondando los cuarenta.

—Para eso es la capital de España...

En Logroño hay muchas iglesias, tantas que ahora no se van a mentar. El viajero cree que, en Logroño, al igual que en Vitoria, lo mismo que en casi todas las partes del mundo, sólo las tabernas le echan la pata a las iglesias. El viajero no piensa visitar las iglesias de Logroño porque la única que le gusta es la de Nuestra Señora del Palacio, con esa torrecilla piramidal que la hace tan pizpireta como a una dama del medievo la hacía su tocado de capirote. La iglesia de Nuestra Señora del Palacio es una iglesita de transición románico ojival que estaría muchísimo mejor si le quitaran tanto trasto y tanto santirulico como tiene por dentro.

—Hombre, no sea usted iconoclasta. En las iglesias tiene que haber santos.

—Vale. Pero con dos o tres ya tendría bastante.

Cuando el sol está buscando los cerros de la sierra de la Demanda y el calor se hace más pasadero, el caminante, que ya estaba hasta la coronilla de aburrirse en la cafetería de los espejos, en la que no entró ni una chavala de cierto merecer, sale a la calle, a darse una vuelta, y mirar un par de escaparates de librerías, aunque no se compra nada. Eso de comprarse libros es manía peligrosa que hay que tomar con calma, pues enseguida te aficionas y puedes acabar como don Quijote.

—Y pensar que la mejor novela del mundo se escribió en contra de los lectores de novelas...

—Y el tren se inventó para los que no se querían mover...

Para corroborar que eso de las bellas letras es cosa peliaguda que debía de estar más controlada de lo que está, el paseante, que anda distraídillo con sus pensamientos, se arrea un tarantantán en la entrepierna que lo pone en un chillo, al tropezarse con esa lápida que los ediles logroñeses colocaron en medio de la calle, para mayor honor de don Francisco López de Zárate y en la que se copia ese soneto a la rosa que destruyó el arado y que, al andariego, no por el golpe que se acaba de dar, sino desde siempre, le parece más cursi que un repollo con lazo. El don Francisco fue amiguete de don Rodrigo Calderón y vestía de forma tan atildada que le venían a decir el Caballero de la Rosa. El don Francisco fue uno de los pocos poetas que vinieron al mundo en estos rodales riojanos.

—Pues en Logroño también nació Pepe Blanco.

—Y Porrinas de Badajoz nació en Castuera.

—¿Es que a usted no le gusta Pepe Blanco?

—Mire, amigo, vamos a dejarnos de coñas. A un servidor, quien de verdad, de verdad le gusta un rato largo es Brigitte Bardot.

—Hombre, es que esa le gusta a cualquiera...

Por la calle arriba y meneando las sayas con un aire que ya, ya, vienen dos mocitas marchosas y veinteañeras, con sus vestidillos blancos de manga corta y con sus

zapatitos de medio tacón que, no es por nada, pero que se podrían echar a la re-pelea con la citada Brigitte.

—¿Las dos de golpe?

—O de una en una, no se vaya usted a creer. Que las chavalas de Logroño son muchas chavalas.

—Como las de todas partes.

—Sí. Eso también es verdad...

El andorrero que, con sus paseos, está volviendo a tener sed y ganas de quitársela, se pone a la búsqueda del barrio del vino, aunque, en Logroño, eso de buscar el barrio del vino, más bien suena a redundancia, pues toda la ciudad es barrio del vino.

El andorrero, por lo que en su día oyera contar a un fraile del Real Monasterio de Santa María de Nájera, que el fulano sabía más historias que don Ramón Menéndez Pidal, podría repetir que a Logroño, sólo que con otro nombre más enrevesado, lo fundaron los celtíberos y que el emperador Octavio César Augusto, al ocuparla, la engrandeció, muy agradecido por las carretadas de trigo que de aquí se llevaba para su pueblo. El rey Leovigildo, cuando anduvo en guerras y degollinas con su hijo Hermenegildo, la arrasó y pasó a cuchillo a sus infelices moradores y que, aunque Recaredo la mandó reedificar, poco pudo hacer para volver a la vida a los degollados.

Cuando los sarracenos acudieron a estas tierras, volvieron a destruir la ciudad a la que repoblaron, tiempos después, don García y doña Urraca, y así se fue tirando hasta que don Sancho, el sabio rey de Navarra, le concedió fuero y mesa del rey, lo que no le impidió que después anduviera trapicheando con el dominio de la ciudad, tratando de engañar a don Pedro I y a don Enrique II cuando estos medio hermanos y según su costumbre, andaban a la greña disputándose la corona. Para evitar tantos líos, tanto pasar de unas manos a otras, los logroñeses se pusieron bajo la tutela de su santidad el papa Gregorio XI, quien como estaba tan lejos y atendiendo a las paces de Francia con Inglaterra, poco pudo proteger y poco pudo hacer cuando a don Enrique IV, el Liberal, se le hincharon las narices y sometió, por las bravas, la ciudad bajo la corona de Castilla.

Después vino el follón de don Felipe V y el Archiduque don Carlos que también molestaron bastante...

—Bueno. Por favor, vamos a dejarlo para otro día, que esto de tanta pelea y tanta bulla me está poniendo de mal café.

—Pues es una lástima, porque ahora y con su permiso, le iba a decir lo que fray Casto de San Prudencio, natural de este pueblo y capellán que fue del Alto Tribunal Apostólico y Real de la Gracia del Excusado, escribiera sobre el asalto y saqueo que Logroño sufriera bajo las tropas del cabecilla Iturralde, cuando lo de los carlistas, que es cosa que tiene mucha miga. Y también que el general Espartero...

—Por cierto... ¿Qué pintaba por aquí el general Espartero que hasta le han puesto una estatua?

—Nada. Pero su señora era de aquí y, cuando el hombre se jubiló, para acá se lo trajo, que siempre se ha dicho eso de que más atan trenzas de dama que maroma de remolcador.

—No sea usted cursi. Lo que siempre se ha dicho es que más tiran tetas que carretas...

—Pero a mí me gusta decirlo más finamente.

—Vale. ¿Y qué me estaba usted diciendo de Logroño y del vino?

—Pues eso, que a Logroño bien se le podría decir emporio del vino.

—¿No quedaría mejor la Jerusalén del aficionado?

—Pues no, señor, no quedaría mal, pero yo me pienso que mejor es no excederse en la metáfora.

El barrio logroñés del vino, prescindiendo de algunos enclaves y otras demarcaciones que se encuentran escaqueadas por la ciudad, podría decirse que se establece entre el Espolón y Portales, por las callecitas del Peso y de San Juan. Allí tienen su sede las tabernas más antiguas de la pobladura, los puestos especializados en los vinos que llegan desde Fuenmayor, Ceniceros, Navarrete o Baños, por sólo nombrar los provinciales, aunque no falten los que llegan de las viñas alavesas y algunos de las navarras. Por aquellos rincones también se encuentra alguna pastelería y alguna tiendecilla de ultramarinos de esas que se aroman con los olores del queso, el chorizo y las especias. Pero, vamos, de lo que más se encuentra por aquellas calles son

las tabernas, tascas, borracherías, bodegas y cosas por el estilo. Cualquiera puede entrar en el establecimiento que le de la gana —que el andariego no recomienda ni deja de recomendar alguno en particular—, lo difícil es salir de ellos, porque quién es el guapo que deja la gloria a gusto. Los industriales que regentan aquellos santos lugares sirven un vino moro y apetente, sin mezclas de químicas ni de leches, pues la gente riojana sabe beber y sabe lo que bebe y no es cosa de jugarse la bien ganada clientela por chorreón de agua de más o de menos.

—Sí, señor. Así se habla y ojalá que esto que usted dice de los taberneros de Logroño se lo aprendiesen los de otros lugares de más renombre y campanillas, pero de menos conciencia profesional.

—Ya lo creo que sí, que los ejemplos abundan.

—Ya ve usted, yo, el mes pasado, que tuve que ir a Madrid a arreglar los papeles del chico que se quiere ir de voluntario a la «mili», me metí a tomar una copichuela, con mi señora, en un sitio de esos que más vale no nombrar y me sentó como una patada en el amor propio aquel peleón que me sirvieron capaz de desprestigiar al chiringuito más lúcido que se presente.

—Sí, señor. Que con esos brebajes se desprestigia toda la industria nacional.

—Y los valores patrios y el concilio de Trento y los Reyes Católicos y la conquista de América y hasta al mismísimo don Isaac Peral que, como todo el mundo sabe, fue el que se inventó el submarino.

El andariego no se aclara qué es lo que tendrá que ver lo que ha dicho su compañero de mostrador con el vino de La Rioja, pero como la conversación es llevadera y el vino no es malo, sigue con la lengua al aire:

—¿A usted no le parece que esos sitios en donde los camareros andan tan chuletas con sus corbatillas y sus chaquetas tan blancas son así como un tanto amariconados y poco aptos para tomarse un vino?

—Eso ya me lo tenía yo pensado. Que a mí lo que mejor me va es una tabernita callada, sin televisión ni modernidades, donde el amo esté en mangas de camisa, tutee a los parroquianos, friegue los vasos sin muchas ceremonias y, de vez en cuando, se suelte un buen regüeldo, como hombre que ha comido bien y tiene la conciencia

tranquila. A mí, esos sitios con tantos espejos, en donde te ponen servilletillas de papel, posavasos de cartulina y palillos de los dientes redondos, me parecen cosas de gipollas y de personas sin fundamento que sólo piensan en aparentar.

—Tiene usted toda la razón. A mí me pasa lo mismo.

—Es que el vino compartido hermana mucho.

El andariego, en la tercera tasca donde entró, se enrolló con un paisano que decía cosas muy bien discurrecidas, como se acaba de ver, quien, al cabo de dos o tres vasos, se lo llevó a un sitio que se sabía, para que probase un vino de cosechero que llevan desde Fuenmayor.

—Va a usted a probar el mejor vino de la Rioja.

—Ya estamos con el mismo cantar...

—Que esto no es ningún cantar, amigo. Hágame usted el favor de callar la boca y dejarme que se lo explique. Verá usted. Todo el vino de la Rioja es bueno, porque así lo quiere Dios. Lo que pasa es que éste que le digo no es un vino para venderlo sin ton ni son, sino sólo para los buenos amigos del Tadeo, el cosechero que le digo, y al que yo tengo el gusto de invitarle a usted, para que vea lo que es bueno.

¡Dios y cómo estaba el vino que les puso el Tadeo! El andariego tardó lo suyo en reaccionar. Tontibobo se quedó nada más catarlo. Qué cuerpo, qué aroma, qué terciopelo para el gañote. Escaso fue un rato de escaso, pues cuando quiso echarse la tercera le pararon los pies.

—Que no, amigo, que este vino no es para eso. Este vino es para tomarlo gota a gota, como eso de las gomas que te echan en el hospital. Talmente como cuando te pones a morir. Éste es un vino para quedarse con las ganas, para darle las gracias al Dios que lo crío y no probar más nada hasta el otro día. Ahora nos vamos a cenar, cada uno a su casa, porque yo, sin avisar a la parienta, no me atrevo a convidar a nadie, que luego me arma un cirio de los de aquí te espero. Pero siga usted mi consejo. No cene mucho. Con un par de huevos fritos y un choricillo de orza ya tiene bastante. Postre no tome y luego se va usted a la cama, tan ricamente, que este vino ya le alimentó lo suyo. Y ya verá usted mañana, cuando se levante, lo bien que sale del vientre y lo bien que le funciona la cabeza... Por cierto. ¿Usted se va a quedar en Logroño esta noche?

—Me pensaba ir a Madrid.

—Pues ya, hasta la madrugada no pasa ningún tren... Bueno, mejor que no pase. Así se acerca usted a cenar a lo de Boni, a la derecha, según se va a la estación, y le dice que va usted de mi parte.

El andariego, cuando se orienta y mal que bien, se llegó al café de Los Leones a recoger sus apechusques, se despidió del camarero y luego se acercó a donde le habían mandado. En el restaurante de Boni le trataron de maravilla y no porque se dijera que se iba de parte de su amigo Juan, el de las Pachecas, sino porque Boni trata muy bien a todo el que pasa por su establecimiento, aunque sólo sea para tornarse una copa. Y si no, que lo digan los dos camioneros que se sentaban a la mesa de al lado del andariego y que se pusieron a parir con la cantidad de cosas que les sirvieron.

Cuando los hombres de la gasolina iban a empezar con la copita y el purito de la sobrecena, el andariego se les acercó.

—¿Van ustedes para Madrid?

—Para allá vamos. ¿Es que te quieres venir? Pues si te quieres venir, te vienes que tu no ocupas mucho.

El caminante ni se lo pensó y, en cuanto que invitó a otra copa de anís, como es la obligación de todo aquel que viaja de paquete, se metió en la cabina de un camión de diez ruedas que esperaba en la calle y que iba cargado hasta los topes de no se sabe qué. Cuando los camioneros se apretaron la cincha, comprobaron las luces de posición, los atados de la carga y tres o cuatro cosas más, arrearon un bocinazo por gusto, por ganas de escandalizar y salieron cortando por la carretera de Soria, las ventanillas abiertas, las panzas repletas, los ánimos alegres y la radio a todo gas.

—Ya no paramos hasta Soria, aunque el puerto de Piqueras nos va a costar su tiempo. ¿Tú eres de Madrid?

—No, pero vivo allí. Yo soy de Palencia.

—A mí me parece que de Madrid no es nadie a pesar de la mucha gente que hay allí... Yo soy de Escarabajosa de Cabezas, en la provincia de Segovia y aquí, el compañero es de Salobreña, de la provincia de Granada. Ahí donde lo ves, en cuanto que se le calienta la boca, canta por mineras mejor que si fuera de La Unión.

El camión, no muy de prisa, se va tragando los kilómetros que le da la noche. Viajar con camioneros como estos es una cosa muy tranquila, nunca llevan prisa, se saben sus caminos y sus velocidades de crucero. Cuando hay que achucharle al cacharro, le achuchan y, cuando hay que acortar la marcha, lo hacen de manera muy reglamentada y no como la Paqui de la otra noche quien, cualquier día, se va a pegar una bofetada de tres pares de narices.

—Es que, ahora, los carnets parece como si los dieran en la catequesis...

—Eso me parece a mí...

Torrecilla en Cameros, como un alucinado decorado bajo la luz de la luna, se queda atrás. Corre la carretera entre árboles espantados. Luego viene el relucir del embalse de García de la Casa.

—¿Y quién era ese?

—¡Vaya usted a saber!

El pueblo de Pajares ni se nota entre sus sombras. El puerto de Piqueras, donde el camión, a pesar de lo grandote que es, renquea un poco, parece el paisaje sin comparación de otro planeta. Después medio se asoma el pueblecillo de Barriomartín y, al poco rato, el camión se detiene en un bar de la carretera, a la entrada de Soria, que está abierto toda la noche para alivio de los hombres de la gasolina.

El viajero, que se bajó con sus compañeros de viaje, para tomarse un café y a cambiar de postura, se fija que allí enfrente está la maravilla románica de la iglesia de Santo Domingo, en piedra rojiza y pórtico historiado, a la que acudía don Antonio Machado para ver a Leonor.

El camión cruza Soria, dormida y solitaria, y lamenta el no poder quedarse a fisgar lo mucho que le gustaría ver. Eso es lo que tiene de malo el viajar a costa de los otros.

Igual le ocurre al cruzar Medinaceli, Alcolea del Pinar, Torija y su castillo, Guadalajara...

—Bueno. A lo mejor, el año que viene me doy una vueltecilla por aquí.

Esta obra, de Juan José Cuadros, editada ahora de manera póstuma, no es un libro de viajes al uso y no corresponde a ningún viaje en concreto. El autor escribió en los años 80, probablemente entre 1985 y 1987, este texto de «realismo poetizado» basado en su experiencia y en todos sus viajes, estancias y vivencias por tierras alavesas. Juan José, además de incansable viajero, fue reconocido poeta y geógrafo, por lo que aún estas tres facetas en una admirable literatura geográfica.